

REPRESENTACIONES DE GÉNERO Y VIOLENCIA EN CINCO NARRATIVAS

ARGENTINAS

by

ANNE M. WESSERLING

(Under the Direction of Betina Kaplan)

ABSTRACT

The object of this work is to explore the relations between gender constructions and violence in five narratives that deal with state sponsored violence in Argentina between 1976 and 1982. This thesis includes an analysis of the following novels: *Dos veces junio* (2005) by Martín Kohan, *Cambio de armas* (1982) by Luisa Valenzuela, *El fin de la historia* (1996) by Liliana Heker, *Conversación al sur* (1981) by Marta Traba and *El dock* (1993) by Matilde Sánchez.

INDEX WORDS: violence, gender, Argentina, Kohan, Valenzuela, Heker, Traba, Sánchez, *desaparecidos*, detention camps, torture

REPRESENTACIONES DE GÉNERO Y VIOLENCIA EN CINCO NARRATIVAS
ARGENTINAS

by

ANNE M. WESSERLING

B.A., The University of Georgia, 2005

A Thesis Submitted to the Graduate Faculty of The University of Georgia in Partial Fulfillment
of the Requirements for the Degree

MASTER OF ARTS

ATHENS, GEORGIA

2008

© 2008

Anne M. Wessering

All Rights Reserved

REPRESENTACIONES DE GÉNERO Y VIOLENCIA EN CINCO NARRATIVAS
ARGENTINAS

by

ANNE M. WESSERLING

Major Professor: Betina Kaplan

Committee: Noel Fallows
Nicolás Lucero

Electronic Version Approved:

Maureen Grasso
Dean of the Graduate School
The University of Georgia
May 2008

DEDICATION

Este trabajo se lo dedico a todos los educadores que me han ayudado a creer en mí misma. Si algún día yo logro darle a alguien la esperanza e inspiración que estas personas me han dado a mí, sentiré que mi vida ha valido la pena.

ACKNOWLEDGEMENTS

There are many people without whom the completion of this work would not have been possible. First and foremost, I would like to thank Dr. Betina Kaplan for directing this thesis. Without her support this project would not have been possible. Her kind words and encouragement have helped me remember the value of this endeavor and, most importantly, why I fell in love with Spanish and literature in the first place. I would also like to give thanks to Dr. Nicolás Lucero and Dr. Noel Fallows for their priceless input throughout my short time here. Their kindness and support has helped ease the pain of this process in so many ways. I thank them both for their sense of humor and dedication to the work of their students. I admire and sincerely thank them both for their contributions to my academic undertakings. ¡Alaút!

Special thanks go to Dr. John Ross, Erica Maier and María del Puig Andrés for encouraging me to continue my education to the graduate level. Without their initial encouragement, I cannot say for certain that I would have even started this whole process. Last, but not least, I would like to thank my fellow graduate students for their advice and encouragement throughout these four semesters. Thank you Celia Peris-Peris for your companionship during the first and most difficult semesters of graduate school and for helping me realize that it is possible to make it past Wednesday without losing composure. Thank you to Amy Hernández for teaching me the difference between what I mean and what I say. Thanks to my office mates, Javier Lluch, Buck Pennington, Amy Todey, Mónica Wilinsky and Rosie Vickery for your encouragement, companionship and “the power zone”. Elena Fernández, thank you for the all-nighters.

TABLE OF CONTENTS

	Page
ACKNOWLEDGEMENTS	v
CHAPTER	
1 INTRODUCCIÓN	1
2 LAS CONSTRUCCIONES DE GÉNERO EN EL CONTEXTO SOCIAL	6
3 LA VIOLENCIA DEL SABER.....	18
<i>Dos veces junio</i>	19
<i>Cambio de armas</i>	27
<i>El fin de la historia</i>	37
4 LA APROPIACIÓN DEL DISCURSO.....	46
<i>Conversación al sur</i>	47
<i>El Dock</i>	55
BIBLIOGRAFÍA	61

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

Esta tesis propone explorar las relaciones entre las distintas construcciones de la identidad femenina en las narrativas que tratan de la violencia de Estado, ocurrida durante la dictadura argentina entre 1976 y 1983, en un corpus de narrativas que incluye *Dos veces junio* (2005) de Martín Kohan, *Cambio de armas* (1982) de Luisa Valenzuela, *El fin de la historia* (1996) de Liliana Heker, *Conversación al sur* (1981) de Marta Traba y *El dock* (1993) de Matilde Sánchez. La investigación de estos textos explora cómo la violencia funciona en relación a la formación de las identidades femeninas, con especial énfasis en el contexto histórico de la Guerra Sucia. Todas las novelas de este trabajo son narrativas de ficción que se relacionan con las experiencias que tienen los protagonistas con la violencia de estado, sea de una forma directa sobre el cuerpo o de forma indirecta por medio de la participación o la presencia de un acto de violencia.

Las condiciones en que las identidades se forman dentro del sistema patriarcal están exacerbadas en el contexto de la dictadura. Las relaciones de poder y de género funcionan dentro de este sistema manteniendo los medios de reproducción que se ponen de manifiesto mediante el discurso. Dentro de un contexto de violencia, tal y como el que demarca la violencia de Estado, sobresalen las condiciones que mantienen las relaciones de poder y género ya existentes bajo el sistema patriarcal. Estas relaciones juegan un papel imprescindible en la formación de la identidad del individuo dentro de su contexto social, pero no sobresalen tanto como para ponerse en evidencia como una amenaza al sujeto. Es decir, al no presentarse abiertamente, las relaciones de poder en el contexto no violento resisten la crítica.

En los textos que destacan la supervivencia de una persona torturada de esta selección, los personajes suelen asumir una perspectiva que depende de su reconocimiento de las relaciones de poder. Es decir, que al reconocer su existencia, los personajes o resisten o se conforman a las normas sociales que delimitan el discurso del poder. Teresa de Lauretis describe el rol que juega el poder en la formación de la identidad social en su ensayo “The Violence of Rhetoric: Considerations on Representation and Gender”. De Lauretis afirma:

Both power and resistance, then, operate concurrently in “the strategic field” that constitutes the social, and both traverse or spread across—rather than inhere in or belong to – institutions, social stratifications, and individual unities. However, it is power, not resistance or negativity, that is the positive condition of knowledge. Far from being an agency of repression, power is a productive force that weaves through the social body as a network of discourses and generates simultaneously forms of knowledge and forms of subjectivity or what we call social subjects (242).

Un elemento común entre las protagonistas de este corpus de lecturas es que resisten la formación de una identidad social regida por los parámetros del sistema patriarcal. La forma de resistencia o la negación de ésta suele resultar en la manipulación de la identidad social de las mujeres. El reconocimiento de las relaciones de poder dentro del ámbito de la violencia determina la habilidad de estas protagonistas para sobrevivir y la manera en que son vistas las que efectivamente sobreviven.

En el siguiente capítulo, analizaré en más detalle la formación de estas relaciones de poder y el papel que juega en estas narrativas. Como marco teórico, recurro a Teresa de Lauretis y su concepción del lenguaje como formador de las construcciones de género, y al concepto de biopoder desarrollado por Michele Foucault. Me interesa en particular explorar la problemática

que surge a partir de la articulación del dolor y el lenguaje según lo analiza Elaine Scarry; las reconstrucciones del sujeto torturado, teniendo como referencia el análisis de Idelber Avelar, y la importancia de crear un espacio en los discursos sociales, el político y el popular, por ejemplo, según Tal Kalí.

La división de los textos de análisis en este trabajo depende principalmente de los discursos presentes en ellos. El capítulo 2, como ya se indicó, coloca las narrativas del corpus de esta tesis en sus contextos históricos y establece una base teórica desde la cual podemos analizar los textos. El tercer capítulo se dedica al análisis de tres obras: *Dos veces junio*, *Cambio de armas* y *El fin de la historia*. Estas novelas se agrupan así debido a la cercanía temporal al contexto histórico. *Dos veces junio* establece la estructura militar como un organismo mecánico para rebasar la formación de una jerarquía de valores masculinos que se pone de manifiesto en la sociedad en la forma del sistema patriarcal. Una vez establecida esta jerarquía, salimos de la máquina militar para enfatizar los discursos que rigen la formación de la identidad femenina. La dicotomía entre lo masculino y lo femenino que se establece mediante la jerarquía que valora las características masculinas es evidente también en las historias de *Cambio de armas* en la dependencia de la figura masculina, inicialmente por lo menos, en la formación de las identidades femeninas. Esta violencia se confronta, sin embargo, después de que las mujeres recuperan el lenguaje y, asimismo, la habilidad de reconocer las relaciones de poder a las que estos hombres les habían sometido, pasan por un proceso de autoidentificación que desafía la jerarquía masculina. La tercera novela que se analiza en este capítulo es *El fin de la historia*. Esta novela incorpora temas presentes en las dos novelas previas para completar el cuadro. Para empezar, se establece el marco de la estructura militar que también sobresale en *Dos veces junio*. Una de las protagonistas, Leonora, es secuestrada en la ESMA por sus actividades “subversivas”.

A diferencia de *Dos veces junio*, Leonora ya reconoce las relaciones de poder y las emplea para que sus torturadores no la maten a torturas en el campo de detención. En este aspecto, Leonora ya parece haber logrado el poder de la autoidentificación que las protagonistas de *Cambio de armas* logran al final de sus relaciones antes de que la tomen presas. Sin embargo, el éxito que ella tiene en cuanto a la manipulación de sus captores provoca un contragolpe que derrumba sus intentos de tomar el control de su identidad. El resultado de sus esfuerzos es la seducción mutua entre ella y uno de sus torturadores. Para que funcione la manipulación, ella tiene que identificarse con el otro para hablarle en sus términos o deshacer el desnivel entre ellos dos. Como consecuencia de su participación en el *staff*, un grupo de detenidos que trabaja en el funcionamiento del campo de detención como esclavos, Leonora es presentada como una traidora no sólo de su propia ideología, sino también de la identidad que ella había construido para sí misma antes de su secuestro. En esta novela, como explica Ana Longoni en su artículo “Traiciones”, “su relato no consideraba su labor en el *staff* como un doble juego (de colaboración / simulación) ni como una estrategia sutil para salvar a algunos compañeros de la masacre, sino como conversión política, producto de un replanteo absoluto de su pasado político que la lleva al arrepentimiento y a la adhesión a la causa de la lucha antsubversiva” (224). Este primer grupo de novelas demuestra las complejidades de las relaciones de poder, especialmente con respecto a la construcción de las identidades sociales.

El último capítulo de esta tesis reúne dos novelas de distintas épocas que pormenorizan la reconstrucción de la identidad materna mediante la conversación como un modo de abrir un nuevo espacio discursivo que se opone al discurso oficial. *Conversación al sur*, como indica el título, narra la historia de dos mujeres que, mediante la conversación, comparten sus experiencias distintas de un pasado común. Esta novela desdobla la identidad materna por medio de los varios

niveles de textualidad que forjan las dos en el intercambio. No solamente cuentan sus propias historias, sino también las dos se cuentan historias sobre la otra, recrean las historias de otras amigas a quienes ambas conocían independientemente y pasan por momentos de diálogo interior, haciendo del lector un tercer participante. Como resultado, la conversación, cuya índole representa una amenaza al discurso oficial, crea otras formas y valora las historias que han sido ahogadas por las “desapariciones”. *El Dock* tiene lugar años después de la reinstauración de la democracia. Esta novela coloca al trasfondo de la trama el ataque de un cuartel que amenaza al pueblo con otro levantamiento militar, y deja así entrar ecos del recuerdo del Estado terrorista. Las dos madres en esta novela, una biológica y la otra por opción, también dan cuenta, de una forma particular, distintas versiones de la historia de su pueblo. La madre biológica, dado que muere en el copamiento del Dock, no puede encargarse de seguir una historia en el futuro ni el presente. *El Dock* le presenta al lector la posibilidad de varias interpretaciones de la muerte de la madre. Una de estas interpretaciones es que Poli sacrifica su vida como un intento de que el pasado no vuelva a atormentar a una generación futura, particularmente la de su hijo. En este sentido, ella cuenta la historia del pasado mientras su amiga, que cuida del hijo después de su muerte, construye un futuro con el niño.

La formación de identidades femeninas en el contexto de violencia es de particular interés por varias razones. Para empezar, una lectura feminista de estos textos reconoce las formas de violencia que se ponen en manifiesto mediante las relaciones de poder y cómo estas relaciones influyen en el discurso dominante. Asimismo, en los contextos de violencia extrema, se pone en evidencia la influencia mutua de la formación militar y las construcciones de género. Una lectura feminista, entonces, pretende proveer alternativas al discurso dominante.

CAPÍTULO 2

CONSTRUCCIONES DE GÉNERO EN EL CONTEXTO HISTÓRICO

Desde el comienzo de su formación, la historia latinoamericana ha estado marcada por la violencia política. La presencia militar en los países del Cono Sur durante una época tumultuosa crea un ambiente caótico en estos países. El surgimiento de la militancia izquierdista de estos países, que se desarrolla principalmente como respuesta a una circunstancia geopolítica, la inestabilidad del gobierno y el creciente dominio de las autocracias militares, provoca tensiones entre las facciones ideológicamente extremas de estas regiones. Como explica Pilar Calveiro en *Poder y desaparición*, “en 1976, no existía partido político en Argentina que no hubiera apoyado o participado en alguno de los numerosos golpes militares. Radicales del pueblo, radicales intransigentes, conservadores, peronistas, socialistas y comunistas se asociaron con ellos en diferentes coyunturas” (9). Es decir que a lo largo de las décadas de inestabilidad en el sector gubernamental, el único organismo que ha podido mantenerse estable es el ejército. Calveiro atribuye esta solidaridad del sector militar, a pesar de la dinámica ideológica en los sectores políticos, al sistema de lealtades y la jerarquía particulares a la estructura militar. Merced a esta soberanía de las Fuerzas Armadas, el ejército se sitúa en medio de los conflictos políticos y sociales. Esto no significa que cumpla la función de mediador en los conflictos, sino que responde a los llamamientos de ciertos sectores. Pensar el lugar de los militares como herramienta de la voluntad de la clase dominante es de particular interés en el estudio de las narrativas que tratan de la tortura en los campos de detención. De esta forma se desplazaría la culpa de un grupo de individuos, los oficiales dirigentes de las Fuerzas Armadas, y demuestra las complejidades de un sistema que permite las infracciones de los derechos humanos,

especialmente considerando que no fueron cometidos contra un enemigo externo, sino contra los ciudadanos mismos. Los medios, entonces, se cumplen sin importar el sentido moral del individuo llegar a los fines deseados en la reorganización de los sistemas dirigentes del país. Estas narrativas, como se verá más adelante, demuestran las dificultades que tienen los personajes de recuperar la subjetividad que la deshumanización desmantela.

Los varios golpes de estado que ocurrieron entre 1930 y 1976 y también la insurgencia de grupos militantes izquierdistas, crean un ambiente de turbulencia no solamente en el sector político del país, sino también en la sociedad misma. Con esta inestabilidad política se aumenta la violencia como un medio de control en la sociedad. La “desaparición” y la subsiguiente tortura sistemáticas de los subversivos políticos se establecen como los métodos más notorios de la represión anti-peronista y llegan al colmo con la sucesión a la presidencia y subsecuente caída de Isabel Perón. En *Poder y desaparición*, Pilar Calveiro señala que la inestabilidad que acompaña la reinstalación de Perón y la sucesión de Isabel después de su muerte terminan en la pérdida del orden nacional. Ella dice: “Argentina parecía no tener ya cartas para jugar. La sociedad estaba harta y, en particular la clase media, clamaba por recuperar algún orden. Los militares estaban dispuestos a ‘salvar’ una vez más al país, que se dejaba rescatar, decidido a cerrar los ojos con tal de recuperar la tranquilidad y la prosperidad perdidas muchos años atrás” (10-11).

Después de la caída de Isabel Perón, se instala en el país un aparato militar represivo. La supuesta necesidad de “eliminar subversión” en el país lleva al ejército a establecer varios campos de detención y tortura clandestinos. Las personas con el menor vínculo a la actividad “subversiva” son “desaparecidas” por agentes particulares de las Fuerzas Armadas. El término “desaparecido” reflexiona una desaparición del individuo en la esfera social. Los familiares que pretenden reclamar la detención de una persona secuestrada se enteran de que la policía no tiene

registro de su detención. Toda prueba de su identidad oficial como ciudadanos se esfuma con la misma rapidez que las personas misma. Según el discurso oficial los “desaparecidos” nunca existieron.

Numerosos centros de detención y tortura que se habían establecido durante los años de dictadura se llenan de presos en una especie de frenesí anti-subversivo. Con el pretexto de la “reorganización” o la reinstalación del orden al nivel nacional, los organismos militares ponen en marcha técnicas de represión a pleno rendimiento. De la mano del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional que impone la junta militar después de derrocar a Isabel Perón, los abusos autoritarios medran como la mala yerba, estimulando el terror de la población. La desaparición de los sospechados subversivos se extiende a amplios sectores: activistas políticos o gremiales, intelectuales, testigos casuales, etc. Los criterios de la implicación llegan a ser tan amplios, que a ningún ciudadano se le puede garantizar la seguridad que pretende proveer la dictadura.

Los campos de detención dispersos a lo largo de los países del Cono Sur se convierten en un símbolo del terror. La clandestinidad de los campos les atribuye un aire enigmático; como su existencia no se reconoce abiertamente, cualquier intento de combatir su uso resulta inútil. En este aspecto se establece un paralelismo con las relaciones de poder que discutiremos más adelante. La “desaparición” tanto literal como figurativa del discurso que confronta el discurso “oficial” casi imposibilita la expresión de grupos subalternos en el país.

Las obras examinadas en este estudio se relacionan de alguna forma con las relaciones del poder en el contexto militar. Estas obras demuestran cómo las construcciones de género y la formación militar se influyen mutuamente. Estos dos elementos presentes en el contexto histórico reflexionan sobre las relaciones del poder que se entretajan en las varias facciones de la

sociedad. Asumimos un entendimiento de este concepto según lo elabora Michel Foucault. En una entrevista titulada “Truth and Power”, Foucault enuncia las implicaciones que tiene la historia en la formación de sistemas del poder en todas partes de la sociedad y su correlación en el individuo. Foucault declara:

Not only did the monarchies of the Classical period develop great state apparatuses (the army, the police and fiscal administration), but above all there was established at this period what one might call a new ‘economy’ of power, that is to say procedures which allowed the effects of power to circulate in a manner at once continuous, uninterrupted, adapted and ‘individualised’ throughout the entire social body” (Truth and Power, 119).

El poder que mantiene el organismo gobernante se proyecta al pueblo en todas las esferas de la sociedad. Esta relación recíproca del poder establece la unificación entre los distintos sectores de la sociedad. Así pues, el poder se pone de manifiesto mediante actividades que glorifican la potencia del individuo en su contexto social con tal de originar una vitalidad unificadora en el pueblo. El entrelazo de estas relaciones de poder en una sociedad impide el escudriño de su funcionamiento y previene una presencia patente que lo pondría al riesgo de destrucción. En “Body/Power”, Foucault plantea lo siguiente: “once power produces this effect, there inevitably emerge the responding claims and affirmations, those of one’s own body against power [...]. Suddenly, what had made power strong becomes used to attack it. Power, after investing itself in the body, finds itself exposed to a counterattack in that same body” (56).

Varios elementos del análisis de estos textos se basan en las teorías de Foucault sobre las relaciones de poder y las construcciones de género que resultan de estas relaciones. La mera constitución de los campos de detención depende de una jerarquía de poder a todos niveles. Estas

relaciones de poder forman una jerarquía mediante la cual la existencia del individuo se borra. La sistematización de las experiencias compartidas por todos los que pasan por el sistema forma lealtades que sobrepasan al individuo. Las ideologías se absuelven y los individuos se integran al organismo. Esta solidaridad contribuye a la “maquinización” del sistema militar. Como militar, se aprende a obedecer las órdenes del superior sin cuestionar (Foucault “Body / Power”). Esta relación, particularmente en las comunidades que mantienen la conscripción obligatoria de los hombres con edad mayor a dieciocho años, como en la Argentina anterior a 1995, refuerza la obediencia como un valor superior de una generación a otra. Esta transmisión de valores militares a la comunidad general, incluso en los sectores izquierdistas, tiene particular importancia en el análisis de *Dos veces junio*. La trama de esta novela gira alrededor de los intentos de un conscripto de resolver un conflicto en la ausencia de su superior. A lo largo de su narración sobresale la influencia de su formación militar en sus varias manifestaciones. Las figuras paternas del conscripto, su padre y su mentor, instalan los ideales de la vida militar con anécdotas que enfatizan la fraternidad entre los otros militares y los beneficios que rinde el reconocimiento de la jerarquía. Esta experiencia fraternal que experimentan los militares concretiza las construcciones del género, ya que las ventajas de conformarse al sistema significan el “derecho” de sentirse superior a los otros. Las características masculinas se definen y se establecen como el factor unificador en este sistema y, mediante la transmisión de una generación a otra, se difunde en los otros sectores de la sociedad. En una entrevista titulada “Body/Power”, Foucault discute las formas del poder al nivel social en el cuerpo. Dice Foucault:

If [...] power is strong, this is because, as we are beginning to realise, it produces effects at the level of desire—and also at the level of knowledge. Far from preventing knowledge, power produces it. If it has been possible to constitute a

knowledge of the body, this has been by way of an ensemble of military and educational disciplines. It was on the basis of power over the body that a physiological, organic knowledge of it became possible. (“Body/Power” 59)

Esta relación entre el poder sobre el cuerpo y las formas del conocimiento, como cita Foucault, se ve ejemplificada en el sistema militar. Este deseo del cuerpo se dispersa en los otros sectores de la sociedad para construir un conocimiento que se convierte en una norma social para entonces distinguirse del otro. Así pues surge la dicotomía entre lo masculino y lo femenino. Al establecerse en la cima de la jerarquía, lo masculino se presume lo superior, como se aprecia en el entrenamiento militar. El otro, es decir lo femenino, ocupa un posicionamiento social inferior a su homólogo masculino. Fuera del contexto militar, este concepto se extiende a los demás sectores de la sociedad para formar la base de las construcciones de género. La feminidad y los roles sociales que se asocian con ella, entonces, se establecen no como un ente aparte, sino según su oposición o su falta de conformidad a lo masculino. En *Dos veces junio*, este concepto se materializa en el trato de las mujeres como un premio a que aquellos que más encarnan las características masculinas, es decir, la lealtad a la jerarquía, se les otorga la posibilidad de tomarse libertades con las mujeres las esposas e hijas, de sus superiores. Aún fuera del contexto bélico, estas mujeres son objetivadas como botín de guerra.

En los campos de detención, las construcciones de género subyacen todo acto de tortura para, tomando prestada la terminología de Elaine Scarry, deshacer el mundo de la víctima (*The Body in Pain*). Para los hombres, esto significa despojarles de la identidad masculina. Para las mujeres, puede significar no solamente quitarles la identidad femenina, o un aspecto de ella como la maternidad por ejemplo, sino también cualquier identidad que ellas hubieran logrado construir para sí mismas más allá de la hegemonía social. Las guerrilleras, específicamente, son

sometidas a torturas que las colocan en el estado más absoluto de dependencia y debilidad. En todas las novelas del corpus de esta tesis, las figuras femeninas que penetran de alguna forma el contexto de guerra se someten a una represión que afecta su formación social. *Cambio de armas* de Luisa Valenzuela nos presenta un conjunto de cuentos¹ que consideramos en el trabajo presente una novela debido a que existe un hilo común que unifica los cuentos, a pesar de que cada “capítulo” sigue una trayectoria narrativa independiente de los otros. Todos los cuentos de esta colección tienen en común la formación de una identidad femenina dentro de los parámetros de la jerarquía masculina, la cual discutimos anteriormente, y su subsecuente recuperación del control sobre dicha formación. En cada cuento hay un trasfondo de guerra, prevalece la constante presencia de la violencia contra la cual cada protagonista de esta novela lucha para dictar su propia formación. Inicialmente, la formación de las subjetividades femeninas depende de algún modo de su relación con una figura masculina. Las relaciones de poder entre estas mujeres y los hombres que se materializan principalmente por medio de la relación sexual. Con respecto a la relación entre la sexualidad y sus representaciones, Foucault propone que la sexualidad y, de suma importancia, los límites que nos imponen las normas sociales sobre su representación, inhiben nuestro conocimiento y la exploración del mismo, merced a la relación estrecha entre el lenguaje y el entendimiento. Él propone lo siguiente en su ensayo “Preface to Transgression”: “[...] sexuality is a fissure—not one which surrounds us as the basis of our isolation or individuality, but one which marks the limit within us and designates us as a limit” (Foucault, “Preface to Transgression”, 30). El lenguaje, como medio de representación, constituye la médula de la discusión de las construcciones de género. En *Cambio de armas*, las

¹ Hay discusión en el campo literario acerca de la clasificación de esta obra como una novela o una colección de cuentos. En una entrevista, “An Afternoon with Luisa Valenzuela”, la autora misma reconoce que el conjunto de temas puede llevar a algunos a considerarlo como una novela. No obstante, la autora clasifica la obra como una colección de cuentos (350-52).

protagonistas buscan recuperar la agencia para determinar su propia formación. Asimismo, al reclamar el lenguaje, las mujeres quedan libres de determinar su propia formación.

Como la maternidad se considera un aspecto dominante de la identidad femenina, surge como un elemento común en varias de estas obras. En *Dos veces junio* de Martín Kohan, para empezar, en las diferentes representaciones de la maternidad se destaca un elemento de especial represión dentro y fuera de los campos de detención. Se establece una dicotomía entre las mujeres que se conforman al sistema dominante, aquellas “protegidas” por sus lazos familiares al sistema militar, y aquellas que desafían dicho sistema. Esta dicotomía se pone en manifiesto mediante las implicaciones sutiles sobre quién sí y quién no sería una madre apropiada del niño Antonio, el “sobrino” del doctor Mesiano. Al final de la novela, el protagonista, un conscripto que ya ha terminado su servicio militar, visita la casa de su mentor y descubre allí una familia con un aire sospechoso para el lector. Anteriormente en el transcurso de la trama, el conscripto experimenta una escena en que se describe el parto de una secuestrada a la que el doctor Mesiano atiende. El médico le dice a la mujer que su bebé había nacido muerto, a pesar de los chillidos que se oyen en el fondo. Al conocer al sobrino de su viejo mentor, el protagonista calcula el tiempo que ha pasado desde el parto y lo compara con la edad del niño. Aunque el texto no lo implique explícitamente, el lector puede deducir que el sobrino del doctor y el bebé nacido aquel día cuatro años atrás es el mismo. El transplante del chico de una familia “subversiva” a una familia militar fomenta la dicotomía entre las dos variaciones de la figura femenina. La madre biológica del niño confronta las relaciones de poder que implanta el sistema militar al entrar al espacio masculino de la militancia. La otra mujer, aunque no encarna las características ideales de la maternidad según los parámetros religiosos, la pureza y el sacrificio constante, por ejemplo, ella sí engendra aquellas que fomentan la jerarquía patriarcal. Se presenta como una mujer débil

y moralmente inferior que concretiza la superioridad masculina que no le exige ser más que un objeto sexual.

Aparece esta dicotomía en *El fin de la historia* con la protagonista Leonora. En el transcurso de la novela, Leonora se somete a una transformación ideológica que demuestra el éxito de la eliminación de los elementos subversivos en la sociedad. En pocas palabras, Leonora se enamora de uno de sus torturadores durante su estadía en la Escuela de Suboficiales de Mecánica de la Armada, uno de los campos de detención y tortura más notorios de Buenos Aires, mejor conocido como la ESMA, y traiciona a su esposo para construir una familia que se conforma a su nueva ideología. Después de pasar por esta conversión ideológica, ella recupera su hija para empezar de nuevo con no sólo un nuevo padre, sino también un nuevo modelo de la femineidad. En un toque simbólico, no le queda ni el menor recuerdo a la hija después de que la madre la incorpora a la nueva estructura familiar.

Dos veces junio y *El fin de la historia* reflejan las metas y, de cierto modo, los efectos del Proceso de Reorganización Nacional encarnado por las Fuerzas Armadas durante la Guerra Sucia. Los otros textos del corpus en cambio confrontan estas construcciones. Estos textos proponen un grupo de protagonistas que desafían la represión y articulan un discurso alternativo al de las Fuerzas Armadas. La formación de estas protagonistas ha sido sofocada de alguna manera. Mediante la narrativa, ellas recuperan la voz que el sistema dominante ahoga en el discurso oficial. En *Conversación al sur* y *El Dock*, por ejemplo, la figura materna se presenta de formas distintas que no corresponden a la sumisión y objetivación de la figura femenina, sino, tanto literal como figurativamente, cuestiona la represión de la identidad femenina. Estas dos novelas se relacionan con la forma de protesta pública que encarnan las Madres de la Plaza de Mayo. Este grupo de mujeres surge para reclamar por la vida de los hijos *desaparecidos* en la

plaza mayor de Buenos Aires. En estas dos novelas, Las Madres tienen una gran carga simbólica. Ellas representan características de la figura femenina que se escapan de la jerarquiación de la masculinidad que discutimos anteriormente. En *Conversación al sur*, por ejemplo, las protagonistas Dolores e Irene, tienen distintas experiencias con la maternidad, pero la convergencia de sus historias refleja la recuperación de ciertos aspectos de las identidades femeninas que se habían ahogado a favor de aquella identidad que sostiene el sistema patriarcal. Como las Madres, estas mujeres se unifican fuera de los parámetros del domicilio para establecer una identidad en la esfera pública. Bajo los criterios que establece el sistema patriarcal, la esfera pública se reserva para los hombres, mientras las mujeres pertenecen a la esfera doméstica donde su identidad se define según las necesidades del hombre. Dentro de los confines de la casa, entonces, las mujeres reproducen los valores de la jerarquía masculina; al llevar este papel tradicional a la esfera pública, la mujer traiciona este sistema y amenaza el orden civil. El desplazamiento de este rol tradicional de un lugar privado al foro público llama atención al problema que el discurso oficial se niega a reconocer, causando tensiones entre el público y la dictadura.

El Dock, a diferencia de las demás novelas en este grupo, toma lugar en la época posterior a la dictadura, ya instalada la nueva democracia. De igual manera que *Conversación al sur*, esta novela se estructura alrededor de la convergencia de las narrativas de varias mujeres, pero en la ausencia de una de las mujeres. La figura materna, como en las otras novelas, sobresale como un elemento clave a la estructura social. *El Dock*, se refiere a un episodio histórico real: el ataque al Regimiento en la Tablada al sur de Buenos Aires. Aunque no sea el tema principal de la novela, este ataque y, más importante una mujer involucrada en él, se sitúa al epicentro de la narrativa. Mirando la televisión después de una cirugía menor, la protagonista

ve las noticias sobre el ataque. Entre las víctimas que aparecen en la pantalla es una mujer cuya presencia amplifica la severidad del ataque. La mujer que se muere a causa de su participación en la embestida es una amiga de la narradora y, central a la trama, madre de un chico, Leonardo. La narradora se encarga de identificar el cadáver de su amiga de años atrás. No se da cuenta, sin embargo, que identificar el cadáver significa también asumir el cuidado de su hijo. Al asumir el papel de madre de Leonardo, la narradora intenta reconstruir su pasado con el chico antes de construir una relación en el presente. No obstante, ella luego se da cuenta de que el pasado que tiene que reconstruir no es el suyo, sino el pasado de su amiga, la madre biológica del chico. Poli recuerda que su amiga, la guerrillera había pasado por tiempos difíciles con Leonardo a causa de sus enfermedades. Ella relata uno tras otro intento de sanar al hijo, pero sin mucho éxito. Poli nota que la guerrillera había llevado la maternidad como un gran peso que la aplastaba. Poli, la guerrillera también reconstruye el pasado mediante su participación en el ataque de La Tablada. Ella no permite que el pasado del país se olvide. Las imágenes de la guerrillera muerta en la televisión traen a la vista del público la violencia que antes se escondía en los campos clandestinos. Así pues, ella le recuerda al pueblo la historia que, según las fuentes oficiales, no existía. La figura materna, entonces, se desdobra en las dos protagonistas y su relación con el joven. Las dos mujeres, ambas madres en sus propios sentidos, reconstruyen el pasado para poder seguir adelante con un nuevo concepto de las construcciones sociales de la maternidad y la feminidad. La direccionalidad de la novela, o sea, el movimiento simultáneo hacia el pasado y el futuro de la narrativa, representa una consciencia social. Así pues, más que un nuevo modelo social, las construcciones de género que se redefinen y se amplifican en esta narrativa dejan abiertas nuevas posibilidades para la próxima generación.

En su libro, *Worlds of Hurt: Reading the Literatures of Trauma*, Tal Kalí explora el papel que tiene el discurso en la comprensión y transmisión de la experiencia traumática. “The battle over the meaning of a traumatic experience is fought in the arena of political discourse, popular culture, and scholarly debate. The outcome of this battle shapes the rhetoric of the dominant culture and influences future political action” (7). Dicho de otra manera, la comunicación de los eventos traumáticos, aunque corra el riesgo de devaluar la experiencia para el sobreviviente, se vuelve un elemento imprescindible para la sociedad afectada. Sin que estas narrativas aparezcan en la superficie del discurso público, aquellos que experimentan el trauma de una forma u otra, pierden el control de cómo se interpreta el significado de las experiencias y se somete de nuevo a la influencia del discurso oficial.

CAPÍTULO 3

LAS CONSTRUCCIONES DE GÉNERO EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA

Un medio de control en los casos extremos de censura se manifiesta en la marginalización de la identidad social. Cada miembro en este juego toma un papel en la creación de una jerarquía social que distingue el poder personal del individuo. Como se ve amplificado en las situaciones de tortura, los métodos de sumisión se relacionan, a veces directamente, con la construcción de la identidad social. Esta sumisión se refiere no solamente a las víctimas inmediatas de la tortura, sino también a aquellos que se encargan de la administración del dolor. En *Cambio de armas*, *El fin de la historia* y *Dos veces junio*, aunque esta formación violenta se aprecia de distintos modos, las tres novelas tienen como vínculo común un protagonista cuya identidad resulta transformada a causa de las circunstancias violentas a las cuales ha sido sometido. *Dos veces junio*, por ejemplo, sigue la historia de un joven que hace el servicio militar que, como mencioné antes, fue obligatorio para todos los varones hasta 1995. En esta novela, el conscripto es asistente del médico principal de un campo de detención y tortura durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983). En este caso, propongo demostrar cómo el proceso de interrogación que emplean los militares se arraiga en los métodos de disciplina que se utiliza en la estructura militar. *El fin de la historia*, por otra parte, demuestra la marginalización por ambos lados de la relación militante-militar cuando la distinción ideológica entre torturador y torturada se hace borrosa. En un nivel, esta novela narra la historia de una militante tomada presa en la ESMA que se enamora de un oficial del campo de concentración. Los dos terminan marginados como resultado de la formación del vínculo emocional entre ellos. *Cambio de armas*, en cambio, perfila varias protagonistas que de una forma u otra recuperan una identidad aparte de

aquella que la sociedad le quiere asignar. Esta novela consiste en cinco partes que cuentan las historias de varias mujeres militantes cuya identidad al comienzo se define según la sumisión y luego se forja independientemente de lo que la sociedad espera de su género. Aunque tratan de temas variados, estas tres obras tienen en común protagonistas cuya formación ejemplifica los resultados de las condiciones violentas que sobresalen en el contexto de la Guerra Sucia.

Dos veces junio (2005)

Bajo trasfondo de un evento con tanto peso cultural como una Copa Mundial de fútbol, la vida cotidiana se retrata bajo una luz distinta. Es un momento cuando lo anticipado es estar envuelto en un partido de fútbol que simbólicamente determina el orgullo y el valor de la patria. Sin embargo, el protagonista sin nombre de *Dos veces junio* se encuentra fuera de las ocurrencias de este evento nacional para exponer los mecanismos de la máquina simbólica que también pretende poner en juego el orgullo y el valor nacional: el ejército argentino. Los eventos de esta novela se llevan a cabo en el marco histórico de la Copa Mundial de 1978. En el frenesí de este evento que típicamente incita tanta emoción colectiva y la camaradería nacional se ve que algo le hace falta al ánimo del pueblo argentino. La muchedumbre sale del estadio con las caras hacia el suelo indicando un cansancio que se siente a causa de la turbulencia política. El narrador, un participante menor en esta máquina política, va en busca de su superior para intentar descifrar una pregunta clave que establece el tono para la obra: “¿A partir de qué edad se puede empear [sic] a torturar a un niño?” (11). La reacción a esta pregunta y la búsqueda de una respuesta revelan el meollo de un sistema cuya meta principal es cumplir las órdenes sin cuestionarlas, es decir: la idea de que a nadie se le ocurre tomar una decisión que no venga de una autoridad superior. El elemento humano se esfuma y los individuos se convierten en nada más que engranajes de una máquina de represión sin saber ni preguntarse por qué.

Tomando en cuenta que se quita el elemento humano de la narración, la voz narrativa ocupa un lugar de suma importancia con referencia al mensaje de la novela. Hay que preguntarse por qué se elige a un personaje con tan poca responsabilidad para narrar una historia con tanto peso político en la historia nacional. Para empezar, el distanciamiento de la autoridad decisiva permite que el funcionamiento de la máquina política se vea en su totalidad en vez de permitir que las raíces de las atrocidades se reduzcan a un único ser malévolo, el cual, aunque sería fácil, no logra explicar cómo tantas personas podrían haber participado en un proceso tan extremo. En una entrevista con Silvina Costa sobre la novela, Kohan explica:

No era ver que pasa por la cabeza del tipo que picanea, sino ver que pasa con aquel que no tiene ningún peso sobre su conciencia, que no carga con la responsabilidad de ser un torturador, que no se siente un torturador, al mismo tiempo que no forma parte orgánica de las fuerzas represivas, y que no está formado ideológicamente. Porque si vos le das la palabra a un tipo formado ideológicamente aunque sea para la aberración, tenés que bajar todo el discurso de la penetración comunista, el atentado contra la familia occidental y cristiana, la violación de la identidad nacional [...] (sin paginación).

Por consiguiente, si el objetivo de la “Reorganización Nacional” es erradicar el mal del pueblo argentino para entonces recuperar dicho orgullo, esta novela desmiente la dicotomía entre lo bueno militar y lo malo subversivo. Expone el mal inherente de un sistema que depende de la disciplina y el orden a toda costa. La perspectiva poco común de esta novela deja a los personajes militares a su aire para demostrar, el entrenamiento social que permite la pérdida de la conciencia social a favor de una cadena de mando que elimina la necesidad o deseo del libre albedrío. Este conflicto se pone de manifiesto en el concripto a lo largo de la novela mediante

una lucha interna entre lo que sabe y lo que sabe hacer y decir. Sin fallar, lo que sabe hacer y decir triunfa, ubicándolo como si fuera un engranaje más en la maquinaria militar.

La formación de una identidad en el contexto militar depende mayormente de la función del individuo en el sistema mayor. En “Truth and Power”, Foucault elabora esta relación diciendo lo siguiente: “the State can only operate on the basis of other, already existing power relations. [...] This meta-power with its prohibitions can only take hold and secure its footing where it is rooted in a whole series of multiple and indefinite power relations that supply the necessary basis for the great negative forms of power” (122). Estas prohibiciones estabilizan la jerarquía, poniendo límites al pensamiento independiente. En el caso de un sistema militar, esta formación comienza con el establecimiento de un equilibrio entre las habilidades del cuerpo y sus límites. *Dos veces junio* representa la formación de tal identidad como un sistema de reproducción que comienza con una generación y que se perpetúa mediante la aplicación de normas según el género y la función del individuo dentro de la máquina social. Se nota una distinción de género muy claramente al principio de *Dos veces junio* con el recuerdo de una interacción entre el padre y la madre del conscripto. Las características de la madre y el padre en ese episodio establecen una base para las demás relaciones entre los géneros en el resto de la novela. “Mi madre no había dejado de decir que el recitado de los números en la radio se había vuelto confuso y que no era seguro qué número venía después de cuál, ni qué número correspondía a qué número. Por eso compramos el diario al día siguiente. Mi madre dijo: ‘Con el diario vamos a saber’” (14-5). Es decir que la información transmitida por medio de la radio depende de la memoria de la madre, pero ella no puede confiar en sí misma sin que la versión impresa lo verifique. Este episodio, yuxtapuesto con tantas anécdotas del padre sobre la vida militar, funciona para establecer una figura femenina que depende de la figura masculina y se

define según ella. En este caso, la madre no se permite creer algo si no toma una forma “oficial”. Ella depende de las fuentes establecidas y aprobadas para construir no solamente su entendimiento, sino también su memoria. La sumisión de la voluntad de la madre tiene bastante importancia en cuanto a las demás representaciones de género que se presentan a lo largo de la novela. Esta sumisión no solamente forma la base de la identidad social femenina, sino también establece un contraste que permite la formación de una jerarquía social que da paso a la reproducción, tanto figurativa como literal, del sistema militar.

Esta formación social se arraiga en las enseñanzas de la figura paterna. Al principio de la novela, el narrador hace varias referencias a las anécdotas de su padre. Luego, este vínculo paterno se transfiere al doctor Mesiano. Se nota claramente en este texto el desarrollo del personaje dentro del marco militar que favorece la figura masculina en cuanto a la evolución social. El padre, al compartir con su hijo anécdotas de su estancia en el ejército, construye la identidad de su hijo de varios modos. Para empezar el padre le enseña a distinguirse y valorarse según los parámetros del género masculino. El padre le relata una anécdota sobre “una tradición, según la cual el chofer de un oficial terminaba acostándose con su mujer y hasta con algunas de sus hijas”, y le asegura que “esta regla contaba con pocas excepciones” (23). Mediante este relato, el padre refuerza una perspectiva misógina al formar una asociación entre un sistema de recompensa que desvaloriza a las mujeres y una identidad femenina que se basa exclusivamente en proveer el placer corporal al hombre. De esta valoración del hombre y, efectivamente, del futuro conscripto surge un conflicto interno entre el valor que se le ha asignado al cuerpo masculino del hijo y su sumisión en cuanto a su posicionamiento en el sistema militar. El conscripto lucha por suprimir cualquier idea que le llevara a pensar que fuera mejor, de cualquier modo, que los oficiales superiores. El conscripto reconoce, por lo que se refiere a los intentos de

analizar la pregunta que se había dejado en el registro de mensajes que el sargento Torres, su superior, “había razonado mal. Yo lo sabía, y él sabía que yo lo sabía. Pero puse gran esmero en hacer que las cosas siguieran su curso sin que nada nos recordase toda aquella filosofía ensayada por error. Esta clase de prudencia, aunque pueda parecer un detalle menor, era decisiva para que no se deteriorara el principio de autoridad” (43-4). El ejemplo tal vez más impresionante de los medios que toman los soldados para mantener dicho “principio de autoridad” ocurre cuando el conscripto ve por primera vez la pregunta escrita en el registro con una falla de ortografía: “empesar”. Es forzoso notar que el conscripto se preocupa más por la posibilidad de que alguien pudiera haberlo visto corregir el error, mientras ignora por completo el contenido moral del mensaje. Dicho de otra manera, esta prioridad demuestra claramente un sistema alterado en que el componente moral ha sido ahogado por la necesidad de mantener la jerarquía militar.

En efecto, esta lucha interna se agrava con el enfrentamiento con la mujer que le hace cuestionar su identidad. Ella es la primera persona que lo identifica aparte de su función en el esquema militar. Le ruega que evoque su conciencia moral para darse cuenta de lo que ocurre, no solamente en ese mismo cuarto, sino también en la escala nacional. “Me pidió que pensara en las cosas que estaban pasando. Ella me había contado las cosas que estaban pasando” (140). El conscripto dice que no quiere escuchar más pero sigue sin moverse “para no sentir” la influencia de la mujer. Las inseguridades en él que antes pasaron en silencio se vociferan con el desafío de la mujer en parto. La mujer tiene razón con lo que dice: el conscripto no es uno de ellos; es un subordinado. A fuerza de recuperar o, efectivamente, tomar por primera vez el control de la identidad que esta mujer ha desafiado, él decide colocarse en un contexto invertido. En una escena que ocurre más adelante de esta interacción, el conscripto se pone en lugar de una figura autoritaria al hacerse victimario de una prostituta.

Además de la descripción de la madre del conscripto anteriormente elaborada, aparecen otras figuras femeninas a lo largo de la obra cuyos personajes conservan la encarnación de incompetencia de la mujer en el esquema social. Estas mujeres forman parte del sistema militar y se caracterizan según su relación a los hombres militares. Todas tienen las características simbólicas de la inferioridad moral que permite al hombre el derecho de dominar en la esfera pública y la esfera doméstica. Además, en todos los casos salvo la madre, la identidad que se asigna a estas mujeres se queda marcada en el cuerpo a causa de alguna u otra interacción con una figura masculina.

La primera mujer que aparece en el texto como parte de esta “complicidad social” es la esposa de un soldado anónimo que insiste en coquetear con un colega de su esposo. La reacción y la interacción de los hombres en este escenario reafirman el vínculo social y la complicidad masculina que forman parte de la infraestructura del sistema que los mantiene en los rangos superiores de la jerarquía social. El amigo del marido, al experimentar los avances de la mujer expresa la necesidad de fingir la sorpresa para mantener el protocolo que permite que la relación entre ellos se mantenga: “El amigo del marido quiere mostrar sorpresa, no hacia la esposa del amigo, sino en general, porque lo que se espera de él es que la situación lo sorprenda. Pero el tedio o la indolencia pesan más en su semblante que la sorpresa que dice tener” (96). Al hacer “lo que se espera de él”, el amigo no interrumpe el orden “natural” ni pone en riesgo integridad masculina ante la situación. Entonces el marido, “de un modo bastante argentino [...] resuelve que la culpa la tiene la mujer” y “se agrega [...] a la escena, sellando de tal forma una amistad” (97). Volviendo al escenario, se concretiza la alianza entre los dos hombres y, simbólicamente entre todos hombres, al implicar que los dos le han enseñado a la mujer una gran “lección” de la cual “el cuerpo se la va a recordar” (98). Al ejecutar este rito de iniciación a la sociedad

masculina, los dos dejan su huella sobre el cuerpo de la mujer, tildándola de puta, un miembro moral y socialmente inferior. Como la madre del concripto que depende de lo escrito en el diario para saber la verdad, esta mujer dependerá de lo escrito en el cuerpo para saberla.

El susodicho episodio se entreteteje, apropiadamente, con otro episodio que describe el abuso y hasta la tortura de una prostituta a manos del narrador. De igual manera que el abuso de la esposa que coquetea con el amigo de su marido, la violencia se queda marcada en el cuerpo de esta mujer de varias formas. Para empezar, no se hace una distinción entre el cuerpo desnudo de la mujer y una identidad cualquiera. Es decir que ante el hombre la identidad de la mujer se limita a las funciones de su cuerpo. Este encuentro entre los dos se despliega en un episodio sumamente violento cuando el concripto le pide un nombre a la mujer. Su meta, dice él, es “obtener una verdad” de ella, pero resulta imposible para él aceptar que un nombre se asocie con este cuerpo desnudo. De pronto crece la frustración del concripto y la situación termina remedando una “interrogación”: “Todo en ese lugar era puro artificio, pero no el cuerpo accesible de la mujer desnuda. No el cuerpo desnudo que se extendía para quedar a disposición. Un cuerpo desnudo que se entregaba sin reservas ni reticencias. Y sin embargo, de ese cuerpo desnudo, de esa mujer desnuda, no había manera de obtener una verdad” (99). Al intercalar estas dos escenas, se hace evidente un paralelismo entre la esposa que no tiene aspecto de una esposa y la prostituta desnuda. Sin la mediación de la ropa para definir a la mujer como un miembro de la civilización, se expone la identidad “natural” de toda mujer: la de puta. “¿Qué puta no sabe que su cuerpo no es suyo? [...] Una puta entiende que su propio cuerpo no le pertenece, o por lo menos, que no le pertenece del todo. Así razonaba el doctor Mesiano, y sostenía que al llegar a ese estado las personas adquirirían, paradójicamente, un poder muy particular. De alguna manera lograban una prodigiosa afinidad con lo que pasa en una guerra” (120). Entonces, al ponerse en

una situación de dominación total sobre esta mujer, el soldado desafía el poder de la mujer y logra asegurar un posicionamiento superior, tanto físico como ideológico, a la mujer.

Por lo que se refiere a las figuras femeninas protegidas por el sistema militar, las cómplices digamos, aparecen en el texto dos personajes de sumo interés: la mujer del doctor Mesiano y su hermana. Las dos mujeres aparecen muy poco en el texto. Se hace mención de la esposa del doctor Mesiano al principio de la novela, pero hay todo un misterio alrededor de su condición. Los muchos rumores sobre la enfermedad de la señora, incluso entre ellos una enfermedad debilitadora y problemas mentales, tienen en común que el doctor “no soportaba esa perspectiva” y por eso decide que la mujer no saliera más al mundo (27). El hecho de que el doctor no habla de su esposa, indica cierta clandestinidad sobre su condición; ella se queda protegida del mundo exterior y recluida en su propio mundo. La hermana del doctor, por otra parte, representa la contraparte de la esposa de su hermano. Ella sólo aparece al final de la novela, después del transcurso de cuatro años, durante una visita del doctor Mesiano y el conscripto. Al describir el comportamiento de la mujer, el texto forja un paralelismo entre ella y la esposa anteriormente discutida. Ella se encarga del vermouth y le explica “por lo bajo” al aprendiz de su hermano que toma sol desnuda en el jardín y que su esposo viaja mucho. Luego, al salir, la hermana lo acompaña a la puerta, pero de una manera simbólica no traspasa el umbral. Ella, como la esposa del doctor, también representa un aspecto de la feminidad que amenaza el aspecto de control que tienen las figuras masculinas. Así pues las dos mujeres representan una dicotomía entre la debilidad y el poder de la identidad femenina y por consiguiente, para no desafiar al poder masculino, las dos se confinan al espacio doméstico.

Cambio de armas (1983)

Cambio de armas consiste en cinco cuentos cuyas tramas giran alrededor de las relaciones entre mujer y hombre. En el primer volumen de *The History of sexuality*, Foucault propone una relación entre el sexo y el discurso político: “[b]ut how then do we analyze what has occurred in recent history with regard to this thing—seemingly one of the most forbidden areas of our lives and bodies—that is sex? How, if not by way of prohibition and blockage, does power gain access to it?” (90). Al abrir el camino para este discurso, también, simbólicamente, lo abre para el discurso político. En cada cuento existe una alteración de la relación sexual en que la mujer recupera cierto control sobre la reconstrucción de su realidad que, al comienzo, está o basada en el pasado / identidad del hombre o construida por él. *Cambio de armas* sugiere que la reconstrucción de las relaciones sexuales en estos cuentos y, asimismo, el desplazamiento del discurso sexual, tratan de un proceso a través del cual se recupera la memoria colectiva de la sociedad argentina que ha sido alterada por la dictadura y las fuerzas militares durante la Guerra Sucia. Por medio de la fragmentación de la identidad las protagonistas en los cuentos distintos, Valenzuela busca exponer de formas variadas el mismo cuento y así formar una o varias alternativas a la Historia oficial. Una vez establecida esta fragmentación de la Historia, la autora deja abierta la posibilidad de vencer la opresión que ha implementado la Historia. Al enfrentarse con las otras versiones de la historia, las protagonistas diferentes representan niveles diferentes de una reforma social, y critican el sistema político .

Si en *Dos veces junio* la mujer se rinde incapaz de definirse a sí misma, *Cambio de armas* confronta este control sobre la identidad femenina. Las mujeres en estos textos redefinen su identidad social al desarrollar y apropiarse un lenguaje que desafía el discurso social que las limita. “La cuarta versión” cuenta la historia de Bella, una actriz que, a lo largo de una relación sexual

con el embajador de un país desconocido por el lector, lucha por involucrarse en la situación política de su propio país. Ella gana acceso a una voz y, asimismo, una identidad mediante la escritura que luego se interpreta por un autor anónimo que interpreta su historia por medio del diario de Bella, y entonces por el lector mismo. Los capítulos interiores de la novela tienen en común la liberación de una relación por parte de la mujer para recuperar el control sobre su propia identidad. En “La palabra asesino”, la protagonista logra identificarse al resistir la influencia de su amante. “Ceremonias de rechazo” cuenta la historia de Amanda, una mujer que siente un deseo tan fuerte por su amante el Coyote que su vida gira alrededor de sus apariciones esporádicas. Para quitarse de este control, Amanda lleva a cabo una serie de ceremonias para conformarse a una identidad independiente de él. En “De noche soy tu caballo”, la protagonista logra terminar una relación simbólica completar su identidad mediante el desdoblamiento de su personaje. Ella es visitada en la noche por su amante, Beto, que desaparece antes del amanecer. Las discusiones que tiene con él sobre el simbolismo del caballo reflexionan una lucha por control sobre el discurso masculino “Cambio de armas”, aunque sigue con el temario de la relación sexual como la base de una identidad social, representa una recuperación del control más concreto que los otros capítulos. En este texto la protagonista, Laura, lucha por conseguir una toma de consciencia para deshacerse del control de su agresor.

“La cuarta versión” sigue el transcurso de la relación de Bella, una actriz, y Pedro, el embajador de un país centroamericano que da asilo a los perseguidos políticos. Como actriz, Bella representa la mujer estereotipadamente femenina. Su doble función dentro de la esfera social y la esfera pública amenaza el discurso militar que, como consecuencia, tiene que eliminarla para mantener su control. El asesinato de la actriz en el contexto público, sin embargo, sirve para exponer la opresión militar. Al asumir la agencia necesaria para adoptar un papel fuera

de la esfera que tradicionalmente le corresponde Bella se pone en peligro de eliminación total. Al violar la construcción de la identidad que el discurso oficial le permite, Bella también pone en manifiesto otro elemento subversivo que también tiene que ser eliminado.

Según arguye la crítica Judith Butler en su artículo “Contingent Foundations: Feminism and the Question of ‘Postmodernism’”, “[...] agency belongs to a way of thinking about persons as instrumental actors who confront an external political field. But if we agree that politics and power exist already at the level at which the subject and its agency are articulated and made possible, then agency can be *presumed* only at the cost of refusing to inquire into its construction” (13). Vemos el cuestionamiento de dicha construcción de esta agencia en “La cuarta versión” a través de la fragmentación de la voz narrativa. Solamente después de tomar en cuenta todas las versiones de la historia podemos deconstruir la agencia del sistema político dominante. Al deconstruir la agencia que este sistema preassume, la nueva agencia se les puede apropiar a los “instrumental actors” que, de igual manera, recuperan la autoridad de polemizar la estructura corrupta. En este caso, los distintos personajes que narran y renarran la historia de Bella toman el rol de los “actores” que simbólicamente recuperan la agencia merced a tal narrativa. Para empezar, Bella narra su propia historia en su diario. Un escritor anónimo encuentra el diario y agrega sus propios apuntes para interpretar el texto. Luego, el lector interpreta las dos historias. La duplicación de una historia le da agencia a no sólo a aquellos que narran la historia, sino también a la historia misma, puesto que se niega a aceptar la posibilidad de una sola versión. Una vez que se invierte el poder discursivo del sistema ya establecida, se destapan los motivos del sistema y se hace vulnerable a las críticas del público. Entonces, al final del cuento, cuando asesinan a la actriz, aunque pierda su agencia con la muerte, la ilegitimidad del sistema se devela y abre la puerta a su propia denuncia.

En “La palabra asesino”, la protagonista cuenta la historia de su amante que le relata historias de su pasado violento. La protagonista, por otra parte, indica una aversión hacia la violencia. Al enterarse de que el amante había matado, ella hace un esfuerzo para legitimar sus acciones violentas al colocarlas en el contexto de la guerra. Él, por otra parte, la obliga a reconocer que su indiferencia hacia la vida humana no se limita a un contexto “legítimo” sino que depende de su juicio personal sobre las víctimas. Él le cuenta acerca de dos víctimas cuyas vidas no valieron la pena preservar por su oficio de “narcotraficantes”, como dice él. Ella, por otra parte, reconoce que sus criterios pueden no ser objetivos. Después de contemplar la versión “oficial” que le ha dado el asesino, ella se imagina que las víctimas pudieron haber sido farmacéuticas en vez de “narcotraficantes”, como afirma el asesino. Su deseo por el amante, sin embargo, la lleva a no exteriorizar sus sospechas. Al cuestionar la veracidad o tal vez mejor dicho, su habilidad de torcer la verdad con su versión de las historias de su amante, la protagonista se conflictúa contemplando el peligro constante en que vive al no aceptar como justo todo lo que le cuenta el amante. Al final, cuando grita la palabra “asesino”, ella simultáneamente reclama la injusticia y se libera del miedo que ha florecido en el silencio. Dice al final del cuento que esta proclamación “podría tratarse de una acusación o de un llamado pero se trata en realidad de un parto” (83). Este parto no solamente representa el renacimiento de la narradora con respecto a la apropiación de su identidad, sino también refleja el reconocimiento abierto de la violencia que representa el amante. Esta comprobación le permite darse cuenta de la cercanía que tiene ella misma a la violencia para entonces rechazarla.

En “Ceremonias de rechazo”, se nos presenta una relación entre la protagonista, Amanda, y su amante, el Coyote. A través de esta relación, se aprecia un proceso de auto-identificación en la protagonista que se pone de manifiesto por medio de su relación inestable con el Coyote.

Desde el principio, a pesar de sus instintos y los de sus amigos que la llevan a sospechar la traición de su pareja, Amanda admite cierto nivel de dependencia de él. Dice que “los amigos soplan a Amanda, Cuidado, puede ser un delator, y Amanda a veces huele la traición en un abrazo y no por eso rechaza el tal abrazo, quizá todo lo contrario” (88). Este aviso por parte de los amigos y el reconocimiento de su veracidad por parte de Amanda establece un paralelismo simbólico entre el Coyote y el sistema por el cual funciona como “delator”. Al acceder el abrazo traidor del Coyote y asimismo del sistema, Amanda acepta e interioriza el control que dicta tal sistema.

No obstante, en las ausencias prolongadas que tiene que aguantar Amanda, su “espera muerta” se convierte en una espera activa en que ella “pone su ansiedad en movimiento” (87). Amanda se da cuenta de que sin la seguridad que encuentra en “esos brazos que tan bien saben envolverla [...] por las noches”, la consume la ansiedad que antes la consolaba y la conformaba. A causa de esta ansiedad, la protagonista toma un papel activo en la recuperación de la identidad que se queda indefinida fuera del contexto de este sistema. Entonces al llevar a cabo la primera ceremonia, ella intenta recuperar el control sobre el sistema que Amanda por lo menos cree querer que domine su identidad. Sin embargo, se nota que su fe en los poderes cabalísticos del Coyote vacilan durante los tiempos prolongados de abandono cuando dice que quiere darle patadas al teléfono para mandarle “bien lejos, donde se merece” (90). Cuando por fin aparece, después de tanta ceremonia, Amanda “lo recibe como si nada, o mejor dicho como la respuesta a todos sus alaridos hormonales” (90). Este complacimento que le llega con la apariencia del Coyote, como si fuera consecuencia de esfuerzos suyos, devela la lucha interna de Amanda por el control sobre su identidad. O sea que ella reconoce la tranquilidad que siente en la presencia del Coyote, pero no quiere soltar este control de sí misma. Quiere sentir que, aunque su

formación personal se quede marcada por la influencia del sistema, mantiene control sobre su persona.

Luego, cuando ella intenta desenmascarar la identidad del Coyote para mejor conocerse a sí misma, se da cuenta de que no puede penetrar el exterior del sistema para entender mejor su mecanismo e, igualmente, entender su propia formación. A partir de este momento, ella comienza a poner en duda la legitimidad de la supuesta seguridad bajo el sistema al cual se ha conformado. Su cuestionamiento se convierte en desengaño con la comprensión de las mentiras en que se ha basado el sistema. Dice que “Amanda lo va tomando delicadamente entre [...] trocitos de palabras y envolvimientos de amor que ella sabe no se van a cumplir y sería tan maravilloso que se cumplieran” (92). Sería maravilloso, pero no lo es, ni lo será. Al desmitificar el poder del Coyote, ella se hace capaz de de-construir la identidad que se ha formado basada en su existencia. El momento en que lo deja plantado fuera del taxi simboliza el comienzo de su rechazo de la identidad que le ha formado el sistema que el Coyote representa.

El siguiente paso en este proceso de auto-identificación es el de separarse de, o exteriorizar, las construcciones sociales que él le ha implantado. Esta etapa se realiza con otra ceremonia con que ella se limpia simbólicamente de su influencia. El aspecto más destacado de esta última etapa de la ceremonia es enmascararse y subsiguientemente quitarse las máscaras. Sin embargo, el acto que lleva las ceremonias a su término, así pues funcionando como el colmo del proceso de purificación, ocurre cuando Amanda orina en la bañera. Puesto que se propone una correlación entre la orina y una defensa natural, en el caso de los sapos, por ejemplo, Amanda comprueba su propia defensa al rodearse con su arma natural. Además de representar el ejercicio de su poder, esta escena representa una deposición del las posturas sumisas del sistema que antes había interiorizado. Una vez ya despojado el sistema dominante, la protagonista se queda libre

para sembrar su propio jardín, representación simbólica de la liberación de su identidad, para reemplazar aquel que ha plantado el Coyote. Para terminar el proceso de auto-identificación anteriormente mencionado, Amanda se ve a sí misma, la purificada, en el espejo que “paso a paso, le devuelve las formas y le confirma el canto” (101).

“De noche soy tu caballo” trata también de una relación entre hombre y mujer, pero la dinámica entre ellos se distingue de las relaciones anteriores. A diferencia de los otros capítulos, éste trata de dos tipos de relación que definen a la protagonista anónima. En este cuento se aprecia en la protagonista el desarrollo de su firmeza social a través de una supuesta relación amorosa y una relación social de resistencia. En su ensayo “The Violence of Rhetoric: Considerations on Representation and Gender”, Teresa de Lauretis describe la posibilidad de manipular estratégicamente dos clases de relación para formar el sujeto social que se desarrolla en la protagonista. De Lauretis afirma:

“Both power and resistance, then, operate concurrently in “the strategic field” that constitutes the social, and both traverse or spread across—rather than inhere in or belong to – institutions, social stratifications, and individual unities. However, it is power, not resistance or negativity, that is the positive condition of knowledge. Far from being an agency of repression, power is a productive force that weaves through the social body as a network of discourses and generates simultaneously forms of knowledge and forms of subjectivity or what we call social subjects” (242).

Este capítulo nos presenta la relación entre la protagonista y Beto, su amante. Al presentarse dentro del marco de un sueño, se hace imposible saber con seguridad si trata de una relación concreta entre dos guerrilleros o si los acontecimientos ocurren solamente dentro del mundo de sueños de la protagonista. Hay varios aspectos de la narración que nos deja creer que esta

relación no existe afuera de los sueños de la narradora. Sin embargo, esta ambigüedad que existe para el lector le permite a la protagonista funcionar en dos niveles sociales para formar una consciencia social que engendra varias “forms of knowledge and forms of subjectivity” (242), como dice de Lauretis. Dentro del contexto de los sueños, la protagonista despliega una pluralidad de voces que representan varios niveles de su “sujeto social”. Para empezar, dice la protagonista que ella sabe que Beto “no es su verdadero nombre pero es el único que le pued[e] pronunciar en voz alta” (107). Las referencias a “Beto” a través del cuento indican que de hecho no es un ente aparte, sino parte de la identidad desdoblada de la protagonista. Puede que para ella sí haya existido en algún momento como una persona concreta, pero la persistencia de su imagen en forma de un sueño indica que ya tiene otro significado en relación a la formación de su subjetividad.

Volviendo al tema de los nexos de discursos que destaca de Lauretis, se nota que la protagonista realiza varios discursos simultáneamente a través de su discusión con “Beto” sobre el significado del caballo en la canción, tocaya del cuento. Según las dos interpretaciones del caballo presentadas en la conversación entre ellos dos, el caballo puede tener una connotación puramente sexual o puede tener una significación más esotérica. Al dividir los dos significados posibles del caballo según los dos aspectos del sujeto social de la protagonista, se desdobra su poder como “productive force that weaves through the social body” y que representa las formas variadas de la subjetividad que funcionan en ella para formar una consciencia social dentro de la protagonista y que la hace un ser completo dentro de esta formación social. No se trata de una lucha entre la mujer y su hombre, sino de la lucha interna de la protagonista para desarrollar su subjetividad social y unificar los dos lados. Según esta línea de pensamiento, “Beto” no es su homólogo masculino, sino una parte más del nexo interno que forma su identidad social.

Esta interpretación adquiere un rol clave en la próxima escena que describe la “desaparición” de Beto y la tortura de la narradora, que se niega a confesar cualquier información que concierna su relación con él. Puesto que la relación con el tal nombrado “Beto” no existe fuera del plano del sueño, la protagonista supone que “no encontrarían nada” (108) en su búsqueda de la casa. Dice ella: “mi única, verdadera posesión era un sueño y a uno no se lo despoja así no más del sueño” (108). Además de permitir la formación libre de una consciencia social, el marco del sueño representa la fortaleza de tal consciencia y los valores que encarna. Esta formación sólida de la consciencia social le permite a la protagonista atravesar el discurso político, también.

En su ensayo “Gender, Death, and Resistance”, Jean Franco explora las consecuencias de la violencia bélica, más bien la tortura, en la formación de una identidad basada en género. Específicamente, ella marca los efectos en las estructuras sociales distorsionados por los métodos empleados por los ejércitos en poder durante la guerra sucia. Según su argumento, al intentar inmutar la secesión generacional que se manifiesta en una familia de resistentes o “terroristas” de una generación a la próxima, el ejército causa un efecto inverso. Como dice Franco, “by attacking the family and destroying the home as a region of refuge, the military unwittingly unleashed powerful elements of resistance” (112). En el cuento “Cambio de armas”, Valenzuela construye un modelo de esta situación que demuestra a la vez la deconstrucción de la identidad femenina de la protagonista y, al final, las repercusiones que ha causado a la campaña militar.

Al comienzo del cuento, el lector comparte cierta confusión con la protagonista, Laura. Es decir, nos situamos en un escenario familiar, pero sin las asociaciones familiares que este lugar “debe” evocar. A la protagonista le confunden los nombres de las cosas asociadas con el ambiente, no se reconoce a sí misma ni a aquellos a su alrededor y se siente descolocada con el

poder fácil de conseguir sin esfuerzo todas sus necesidades más básicas. Así pues, Valenzuela nos hace cuestionar el rol del domicilio como lugar tradicional que forma la identidad femenina. Con las restricciones que presenta el apartamento, a pesar de la ilusión de libertad, y su inhabilidad de colocarse dentro de tal ambiente, el antagonista, Roque, reprime el desarrollo no solamente social sino también personal de Laura. Este control total de la estructura familiar en el cuento representa la represión del mismo aparato, pero en una escala más amplia, a través de las sociedades afectadas durante las campañas anti-subversivas.

“Cambio de armas” trata de Laura, una mujer que ha sido secuestrada y a la que le han hecho un “lavado cerebral”. En el proceso de “re-establecer” su identidad en el nuevo domicilio, Laura comienza a darse cuenta de que algo está fuera de lugar en su nuevo ámbito. Según se desarrolla la trama, la identidad dual de Laura se revela. Dentro del contexto presentado al principio del cuento, es una mujer sin identidad propia que engendra las características que promueven el régimen: la sumisión total, la obediencia, etc. El punto climático ocurre en conjunto con la desaparición prolongada de Roque y su reaparición abrupta. En este momento, la identidad inicial de Laura, que hasta llegar a este punto es la única identidad que se puede reconocer en ella, es amenazada por la verdad sobre su pasado que Roque no puede seguir ocultando. Al enfrentarse con su historia, Laura siente el temor de volver a experimentar las consecuencias asociadas con ella. Merced a la reacción de terror que tiene cuando Roque trae al apartamento un rebenque, se puede deducir que no es la revelación de su historia que le da miedo, sino la reacción violenta que le trae. Entonces, cuando Roque le cuenta acerca de su pasado, Laura resiste la interrupción del presente perpetuo en que vivía anteriormente y asimismo el dolor que asocia con aquella realidad. El momento en que se rompe la ilusión en que ha estado viviendo Laura ocurre cuando Roque, después de haberle entregado el revólver, se da

la media vuelta e intenta abandonar el mundo que había distorsionado para Laura. En ese momento, sale a la luz lo que por tanto tiempo pretendía ocultar: la manipulación de la esfera doméstica o, mejor dicho, a la estructura familiar, dentro de la cual ha forzado a que Laura viva.

Una vez abandonada esta ilusión, sucede la última ruptura. Es decir, al apuntar el revólver Laura comienza el proceso de reconocimiento del pasado y de su percepción del presente como algo basado en una manipulación. Este reconocimiento de la manipulación que emplea el Coronel para orientarle a Laura hacia una identidad más adecuada a la agenda del ejército abre camino a la resistencia social de la gente. Dicho de otra manera, si vemos la relación entre Laura y Roque como homóloga de la concomitancia del gobierno y los gobernados, la inversión de los puestos que ocupan los dos dentro del discurso sexual se transfiere a una inversión en la relación del poder entre el público y el ejército argentino durante la guerra sucia. Al nada más apuntar la pistola, Valenzuela señala al agresor pero transfiere la responsabilidad de actuar de las páginas del cuento a las manos del lector y del mundo ficticio al mundo real.

El fin de la historia

El fin de la historia relata la historia de Diana Glass, una mujer en el proceso de escribir una novela sobre Leonora, una amiga desde la infancia que ha sido detenida como resultado de su participación en la guerrilla izquierdista. A lo largo de la novela, Diana se afana por encontrar una manera de escribir la historia que valga todo lo que vale su amiga militante. Mientras tanto el lector sigue la historia de Leonora en el campo de concentración. Este personaje se representa de dos formas extremadamente distintas. La Leonora sobre la cual escribe Diana es una mujer que ha sido idealizada por su amiga. La otra, la Leonora que conoce el lector, emplea su aptitud para leer a los seres humanos para manipular a sus captores y sobrevivir. El escándalo crece, sin

embargo, cuando dicha “lectura” se convierte en una verdadera comprensión y una conversión completa de su ideología izquierdista. Leonora entabla una relación amorosa con su torturador y eventualmente gana su respeto. Su colaboración de primera calidad resulta no solamente en la seducción de los opresores, sino también en la construcción de una nueva ideología y una colaboración ejecutada voluntaria y fervorosamente. Esta novela va mucho más lejos de dictar una sentencia sobre los participantes en el Proceso para cuestionar el sistema bajo el cual tales atrocidades se hacen posibles. Como *Dos veces junio*, *El fin de la historia* demuestra las complejidades de la índole humana para poder llegar a fines ideológicos por medios inconcebibles. Más que una crítica del régimen militar, Heker teje una historia compleja que profundiza la construcción de las identidades sociales y la manera en que ésta afecta las percepciones de las acciones de guerra al nivel nacional. Como “Cambio de armas” de Valenzuela, aunque sea de una forma distinta, esta novela destaca la construcción de género bajo una coacción extrema. Mientras Valenzuela implica la posibilidad de una apropiación del lenguaje para vencer a los poderes opresivos, Heker propone otra forma de dicha recuperación; ella se atreve a escribir una historia que se niega a ser valiente: la de una mujer que ha sido vencida por estos poderes de todas las formas posibles sin disculparse.

La intertextualidad en *El fin de la historia* crea varios niveles de conflicto entre las dos protagonistas, Diana y Leonora. Sobre todo surge el conflicto patente entre la ideología y la acción que impregna la novela. A lo largo de la novela, Diana persevera para conseguir mayor comprensión de los eventos que se relacionan con la violencia del Estado al escribir una novela sobre la heroicidad de su amiga, a quien supone muerta. Diana experimenta dificultades componiendo una narrativa que realmente captura la valentía de su amiga y su gran sacrificio. Escribir un final a su novela significaría para ella eliminar varios elementos de la historia

completa, así reduciendo una situación de nexos infinitos a una cantidad finita de texto. Leonora, sin saberlo Diana, no se muere a manos de sus torturadores, sino que supera las condiciones de la prisión mediante el compromiso de sus ideales y su identidad. Este conflicto construye también un desdoblamiento que presenta a las amigas como dos mitades de la misma identidad.

La traición funciona como el hilo común en casi todas las relaciones que se presentan en la novela. El tono traicionero de la obra se establece desde el principio; de hecho, se enumeran varias instancias de traición en el primer capítulo. Celina Blech, una íntima amiga de Diana y Leonora, la que inspiró a las mujeres a poner en manifiesto su activismo izquierdista, deja el movimiento de los montoneros para tomar un “cargo importante en una multinacional”, pero sólo después de que las dos amigas se enteran de que su preponderancia filosófica viene directamente de un libro, *Los elementos de filosofía* en vez de alguna formación propia como indica ella (26). Luego, los montoneros fusilan un ex-miembro por un simple acto de traición que no se nombra, pues “un traidor era un traidor” (29). Este tema se mantiene y se amplifica a través de la narrativa al plantar la cuestión del *staff* de la ESMA en medio de la narrativa. Los motivos por los cuales los prisioneros participan en la colaboración establecen parámetros que distinguen dos niveles de traición: la supervivencia y la entrega total. Es esta distinción que, para el lector, significa o el beneplácito o el repudio del personaje. En el caso de Leonora, el conflicto que surge entre ella y varios otros prisioneros le da al lector un punto de referencia que le permite juzgar a la “verdadera” traidora sin importar su experiencia personal o falta de la misma. En su artículo “Traiciones: La figura del traidor (y la traidora) en los relatos sobre los sobrevivientes de la represión”, Ana Longoni cita la colaboración fingida entre grupos de “desaparecidos” como una manera de recuperar no sólo una solidaridad entre sí y contra el enemigo, sino también una manera de recuperar una subjetividad que se pretende eliminar en los campos de concentración.

Ella explica que “las posibilidades de organizarse y formar un grupo cohesionado por una identidad propia y un conjunto de objetivos y de reglas en común plantea un paso enorme en la reconstitución de la subjetividad arrasada por la experiencia del campo” (224). Leonora, que desde la infancia insiste en la admiración de sus pares para establecerse en posición del líder, se distingue de los demás prisioneros por medio de su gran habilidad de leer o seducir a sus interlocutores.

En la base de las traiciones que ocurren a lo largo de la novela yacen las expectativas que se imponen los individuos que forman la relación arriesgada. Leonora, como protagonista y enfoque de la mayoría de las traiciones en el texto, construye para sí misma una identidad que la coloca simultáneamente al margen de la sociedad y al centro de cualquier relación o ambiente del que forma parte. Ella se niega a conformarse a los papeles tradicionalmente asignados a las mujeres. Ella admite: “no queríamos ser nuestras madres y el único modo de la trasgresión que conocíamos era ése: preferir un mundo de varones” (118). Al elegir este “mundo de varones”, Leonora adopta las características históricamente masculinas para poder mantener control sobre sus relaciones y su posición en la jerarquía social. Diana la idealiza por todo que ha contribuido al movimiento militante, pero las particularidades de Leonora que le permiten avanzar en la esfera política son las mismas que le permiten ascender en otras áreas de su vida, particularmente en los campos de concentración: ella es fuerte y tiene una capacidad excepcional para el debate y asimismo, como admite ella misma, la “seducción” (124). Esta “seducción” abre paso a la discusión de las complejidades de la colaboración dentro de los campos de concentración. Implica, por una parte, cierto control o manipulación sobre el enemigo. Además de la manipulación, la seducción connota de una forma la transigencia con la oposición, por parte tanto del seductor como el seducido. Antes de poder encandilar a sus oponentes, sean colegas o

enemigos, Leonora tiene que relacionarse con ellos y entender, hasta simpatizar con su punto de vista. En el contexto del campo de concentración, donde la recompensa para ganar el debate no consiste en subir de rango entre sus colegas sino sobrevivir y detener el sufrimiento físico, se borran las líneas que distinguen los fines de los medios. Es decir que ganar un debate con colegas de la misma ideología significa cumplir con una meta definida, pero evitar la muerte o la tortura por medio de la seducción de los opresores es una batalla interminable. El resultado, entonces, es un desplazamiento de la ideología de la protagonista que la tacha de traicionera en la forma más despreciable: la verdadera reforma ideológica.

Con el transcurso de la novela, se presentan varios personajes que funcionan, de alguna manera u otra, como punto de comparación con Leonora. Estos personajes reflejan, de varias maneras, las múltiples percepciones de ella, no sólo por parte de los otros personajes y el público lector, sino también de Leonora misma. Diana, para empezar, imagina varios destinos para su amiga cuando intenta relacionarse con ella para poder realizar la novela sobre Leonora. La imagina torturada, la imagina muerta, se la imagina de todas maneras, salvo como realmente estaba. Este despliegue de Leonora representa, irónicamente, todos los fines socialmente aceptables para los prisioneros. Leonora misma nota, al preparar su primer informe como un miembro del *staff* que “[...] ya que nadie puede conocer sus propios límites y es mejor la muerte, no lo olviden, en cualquier caso es mejor la muerte que la traición” (164). En el recuerdo colectivo de la sociedad, los únicos que valen la pena existir son aquellos que sacrifican sus vidas por la ideología. Esta mentalidad se ve ejemplificada en las discusiones que tiene Diana en los talleres literarios a los cuales asiste para aprender a materializar la esencia de Leonora. Una discusión en particular establece un paralelo directo con la situación de Leonora en la ESMA y el posicionamiento de Diana con respecto a los militantes capturados. Hay una serie de

conversaciones en el taller sobre las películas rusas que tratan de la revolución. Al discutir *El cuarenta y uno*, un *film* que retrata la relación ilícita entre un soldado ruso y una prisionera suya, Diana concluye bastante contundentemente que la única solución aceptable sería que la prisionera rechace al guardia a favor de sus lealtades ideológicas: “Lo único ético—el tono de ella es terminante—era elegir la causa trascendente, en este caso la causa de todo un pueblo” (201). No obstante, ella se niega a reconocer la relación entre Leonora y esta prisionera, sino que la asocia explícitamente con la heroína de otra película, *Pasaron las grullas*, porque “todas las heroínas se parecían a ella. O al revés, bah” (191). Esta asociación engendra los defectos de la perspectiva intelectual que toma Diana por medio de los talleres. Como indica su apellido, Diana Glass prefiere ver el mundo como miope, de una manera distorsionada que lo hace brillar en vez de verlo como realmente es. En el taller, ella encuentra el foro perfecto que le permite alejarse intelectualmente del mundo de Leonora. La amiga caída que imagina Diana pone “la causa de todo un pueblo” antes que su propio bienestar, mientras la historia verdadera que Diana no quiere contar es que los medios que toma Leonora no la guían hacia el mismo fin que se imagina Diana. Como nota una amiga del taller, Garita, “el meollo siempre está en las cosas que no querés contar” (174). Según la visión de Diana todos luchan para llegar al mismo fin, el que desea concretizar en su novela, pero ella no es capaz de ver, ni mucho menos escribir, la posibilidad de que haya varios fines que no concuerdan con el suyo.

Dentro de la ESMA, se ve que Diana no es la única que enjuicia a su amiga por desviar del camino revolucionario. Se presentan varios personajes que, como Leonora, participan en la colaboración, pero por otros fines. El Chango Hernández, un montonero caído desde hace un tiempo antes que Leonora, se presenta inicialmente para hacer una comparación de lealtad entre ellos dos. “La delación no es para todos [...] Eso de decir un nombre, y saber que en pocos horas

el de ese nombre va a estar pidiendo la muerte en la mesa de torturas...No es para gente como nosotros”, proclama Chango (74-5). Más adelante, sin embargo, Chango se da cuenta de que, a pesar de no traicionar directamente a sus compatriotas, él y Leonora difieren drásticamente en sus motivos de la colaboración. En otro encuentro entre ellos dos, Chango se desvela como la contraejemplo de Leonora al mostrar por sí mismo un profundo desprecio, mientras Leonora se preocupa por cumplir su trabajo como colaboradora no por motivos de supervivencia, sino por orgullo personal y para mantener ciertos estándares de calidad en su trabajo. El cambio en Leonora que se pone en evidencia a través de estos dos encuentros forma un punto de referencia mediante el cual el lector forma un entendimiento más amplio de la “traición”. Además de Chango, aparece La Porota, una mujer parecida a la Leonora en que ella también mantiene una relación con un oficial de rango superior. Incapaz de reconocer a ésta como su contraimagen, a pesar de los paralelismos entre ellas, Leonora admite cierta desconfianza en ella. De este modo, al distanciarse de sí misma y Leonora reconoce sus propias infracciones, así recuperando un aire de humanización ante los lectores.

En *El fin de la historia*, Heker se aproxima al tema de los campos de concentración de una manera singular. A diferencia de la mayoría de los textos que toman la forma de testimonio o testimonio ficcionalizado, esta novela pone la víctima al centro del juicio, tanto del lector como de los demás personajes. Esta clase de aproximación a las representaciones de los hechos históricos pone el texto en una posición controversial ante un público lector que lucha por mayor comprensión de las atrocidades históricamente recientes. En su artículo sobre la novela, “Sleeping with the Enemy: Kissing and Telling in Liliana Heker’s *El fin de la historia*”, Janis Breckenridge, propone que la moraleja patente de la novela es advertir sobre el peligro de la humanización del enemigo, en este caso los torturadores. No obstante, a duras penas se puede

considerar a los torturadores el enfoque ni de la trama, ni del juicio del texto. En su artículo “Traiciones”, Ana Longoni propone:

Quizá sea el personaje de Diana Glass en *El fin de la historia* el que mejor metaforice los límites que parece haber hallado esta literatura ante un material doloroso y complejo, que no puede procesar desde los lugares comunes reduccionistas que están instalados en la sociedad para encarar el relato de la historia de la militancia de los setenta y la feroz represión del Terrorismo de Estado (237).

Esta novela demuestra cómo las percepciones del público pueden distorsionar o simplemente no alcanzar a formar una comprensión completa de un pasado complicado y doloroso. Para el público, llegar a algún tipo de comprensión sobre lo que el pueblo había sufrido significa aplicarle una lógica que, como vemos ejemplificado en los debates de Diana, suele ser una lógica binaria. No es una tarea fácil entender la situación desde una perspectiva alejada de los eventos, ni mucho menos para las víctimas que los vivieron. Por eso, muchos sobrevivientes, por no haber “elegido” la muerte ante la captura, salen con la etiqueta de traidor. Lo que muestra esta novela con su trama compleja que entreteje las percepciones desde afuera y adentro del campo de concentración es un entendimiento de los efectos residuos de los métodos empleados por las fuerzas armadas. Es decir que la humanización del enemigo que propone Breckenridge no se aplica tanto a los oficiales como a los prisioneros mismos. Una vez que alguien pase por un campo como la ESMA, se pone fin a su personaje y a su identidad en la esfera pública. Como su protagonista Diana, Heker reconoce que poner un fin a la historia significa concretizar y limitar el entendimiento de los hechos. La reivindicación para las víctimas del Estado no consiste en

condensar sus experiencias en una historia colectiva, sino abrir paso para que ellos puedan dar voz a sus experiencias.

CAPÍTULO 4

LAS RECONSTRUCCIONES DE LAS IDENTIDADES FEMENINAS

Como ya se ha establecido, la violencia patrocinada por el estado se pone de manifiesto de varios modos, según la identidad social de sus víctimas. En las narrativas discutidas en este capítulo, *Conversación al sur* y *El Dock*, esta violencia se materializa de una forma que reconoce el posicionamiento de la identidad o, mejor dicho, las identidades femeninas en el sistema patriarcal. La violencia específica al cuerpo femenino, que incluye pero no se limita a la tortura, refuerza los varios roles que se asignan a la mujer bajo el sistema patriarcal. En un gran porcentaje de las narrativas sobre mujeres en los campos de detención y tortura se explota el aspecto maternal de la identidad femenina para facilitar la derrota de las víctimas femeninas. Estas dos novelas, aunque su tema central no se limiten a la maternidad, no cuentan entre las excepciones de tales narrativas. En ambos casos, la trama gira alrededor de una o varias mujeres que, de algún modo no siguen los roles tradicionalmente femeninos. *Conversación al sur*, por ejemplo cuenta la historia de dos mujeres involucradas en la guerrilla durante las dictaduras de Argentina y Uruguay. Las dos, al contarse sus historias respectivas, revelan la maternidad como un vínculo que contribuye a su entendimiento mutuo. Asimismo, la maternidad, como faceta de su identidad social es usada en su contra como arma de ataque por parte de los oficiales. *El Dock*, por otra parte, no toma lugar durante las dictaduras, sino años después de la reinstalación de la nueva democracia. En *Conversación al sur*, la idea del vínculo materno se hace presente para posibilitar la transmisión de una historia de una generación a otra. En cambio, en *El dock*, la comunicación de la historia no ocurre entre dos víctimas de la opresión, sino que los dos protagonistas se encuentran después de y a causa de la muerte de una guerrillera izquierdista. En

ambas obras, las protagonistas utilizan y redefinen el concepto de la maternidad como arma contra sus agresores. Además, las dos novelas destacan la comunicación como forma de resistencia al discurso oficial que reboza las injurias a las libertades mediante la manipulación de las facetas de la identidad femenina y el rol que toma el lenguaje en definir estas facetas. Merced al cuestionamiento de estas definiciones, las figuras femeninas que aparecen en estas dos novelas ocupan un lugar al margen de la sociedad, lejos del discurso oficial. Al narrar sus historias, ellas redimen la agencia necesaria para desviarse de la Historia oficial y crear la posibilidad de sanar las heridas del pasado y asegurar que las injusticias de una época no perjudiquen a las libertades de la próxima.

Conversación al sur

Conversación al sur tiene lugar a cabo en Montevideo, Uruguay a los principios de la dictadura militar. La historia comienza cuando Dolores, “aparecida” después de pasar los últimos cinco años como presa política, toca la puerta de Irene, una actriz uruguaya que ha vivido en la comodidad de un domicilio burgués desde el breve encuentro de las dos unos cinco años antes. Las dos mujeres, aunque sean diametralmente opuestas, tienen en común una vida afectada profundamente por la represión dictatorial. Dolores ha sido detenida y torturada varios años antes de este encuentro e Irene tiene un hijo del que no tiene noticias después del golpe de estado de Pinochet en Chile. El conocimiento previo de las dos mujeres lleva a Dolores en busca de Irene después de conseguir la libertad. Lo que transcurre es un diálogo, una “conversación” entre ellas dos, mediante el cual las dos protagonistas se relatan los sucesos de sus respectivas vidas desde su último encuentro que terminó con la detención de ambas.

En *Conversación al sur*, Irene y Dolores, las dos narradoras, representan dos niveles sociales distintos. Al principio, parece que la violencia que ellas experimentaron es, para ellas, el

único factor determinante en su reunión. No obstante, la conversación a que se refiere el título es la reconstrucción o la elaboración de una historia común. La violencia descrita en esta novela mantiene cierto enfoque en la maternidad como una forma específica de la violencia. Ambas narradoras han padecido la pérdida de un hijo, pero de maneras distintas. Dolores en particular relata su pérdida en relación con la tortura. Mediante su narrativa, se pone de manifiesto la relación estrecha entre el cuerpo femenino y las identidades que la sociedad le asigna a tal cuerpo. Al forzar el aborto de Dolores, los torturadores explotan la dualidad del cuerpo de Dolores para hacerla incompleta como mujer. Si consideramos que la detención y tortura en sí representan su fracaso como guerrillera, el aborto se emplea para despojarla del elemento clave de su identidad femenina, la maternidad. Para colmo, cuando Dolores se despierta y le pregunta a la enfermera por su hijo, ella le responde, más bien le corrige, que había sido mujer. Al no haber podido protegido la vida de una hija, una representación simbólica de la madre misma, Dolores pierde la habilidad de sostener su propia vida más allá de los parámetros que establece su experiencia con la tortura. Por ende, Dolores queda marginada según las expectativas que le ha impuesto la sociedad. No puede llamarse protectora, ni de derechos humanos, ni de la vida de su hija perdida, ni tampoco de ella misma. Sin este aspecto de su identidad, ella pierde también la subjetividad, pues no sabe relacionarse ni con los otros compañeros caídos, ni con las demás madres que han sufrido una pérdida.

Irene, por otra parte, comunica su pérdida a través de la historia de otra madre, Elena, a quien acompaña a una demostración de las Madres de la Plaza de Mayo. Es por medio de este intercambio de narrativas que Irene se hace capaz de exteriorizar su dolor. Comparte el dolor de la comunidad al reconocer la causa de las Madres y, al compartir esta historia con Dolores, ella forma una conexión maternal que derrumba las barreras sociales que existían entre ellas. Del

mismo modo que Irene ha podido vocalizar su trauma a través de las Madres de la Plaza de Mayo, el diálogo, o “conversación” le permite a Dolores relacionarse con alguien más para romper el silencio.

La estructura conversacional de la novela pone énfasis en la oralidad de la historia. Las dos narradoras se quedan en los confines de la sala de Irene en su apartamento en Montevideo. Aunque por la mayor parte de la novela el espacio físico de dicha conversación se define por las cuatro paredes de la sala, las historias que se reconstruyen dentro de este espacio no corresponden a ningún espacio definido. La direccionalidad que implica el título se refiere no solamente a una trayectoria física, la del viaje a Buenos Aires que hacen las dos mujeres y el de Dolores y Victoria, la hija de Elena y también militante, a la Patagonia, sino también implica una trayectoria simbólica que mueve el discurso desde sus limitaciones oficiales a un espacio discursivo indefinido que desafía dichas limitaciones. “In *Conversación al sur*, the reciprocal act of two women telling their stories to each other [...] challenges military dictatorships and patriarchal ideology. In the telling, the speakers move toward equality and liberation” (Schlau 99). Esta igualdad a que se refiere Schlau se logra por medio de la convergencia de sus experiencias compartidas. A pesar de la diferencia socio-económica de las mujeres, las dos tienen el mismo derecho de contar su historia.

A lo largo de la novela, hay momentos en que las historias de las dos mujeres se entrecruzan; las dos comparten momentos en el mismo espacio físico al mismo tiempo y en la presencia de los mismos personajes, pero los experimentan de maneras diferentes. Estas variaciones desafían los intentos de las dictaduras de reprimir cualquier discurso que no forme parte de la versión oficial. Con estos momentos de entrecruzamiento sobresale la experiencia individual y se cuestiona cualquier versión que pretende encasillar la experiencia colectiva del

pueblo. Dos personajes que representan un paralelismo entre las experiencias de las dos narradoras durante esta época son Elena y Victoria, madre e hija. Como pareja, estas dos son la contraimagen de Dolores e Irene. Son de dos generaciones distintas con valores distintos, pero las dos desafían las convenciones sociales ya establecidas bajo el sistema patriarcal para enfrentarse con las injusticias gubernamentales. Victoria, para empezar, desafía directamente a la figura paterna cuando se niega a seguir su vida según los criterios de su padre. Él quiere que su hija asista a una institución en el extranjero para cumplir su formación educativa y, simbólicamente, ideológica. Es decir, completar dicha formación en Europa o los Estados Unidos significaría para ella una formación bajo las riendas del sistema patriarcal occidental, distante de la posibilidad de desafiar el sistema corrupto en su propio país. Además, cuando “desaparece” su enamorado, Victoria asume el papel de líder del grupo de militantes. En la ausencia de las figuras masculinas, Victoria encabeza el grupo, desplazando las relaciones de poder para simbólicamente reasignar los papeles del sistema patriarcal mediante los esfuerzos revolucionarios.

Elena, la madre de Victoria, juega otro papel en el desafío del sistema patriarcal. Cuando desaparece su hija, ella reacciona de una forma que va en contra de las reglas establecidas según su posicionamiento materno en la sociedad patriarcal. Irene, al describirle a Dolores una experiencia que ha tenido con Elena en una manifestación de las Madres de la Plaza de Mayo, expresa cierto aturdimiento ante el comportamiento de las mujeres que participan en la manifestación. Ellas se expresan de una manera que no cabe dentro del papel tradicional de la figura materna al exponer su dolor en un foro público. Marysa Navarro, en su ensayo “The Personal is Political: Las Madres de la Plaza de Mayo” sostiene: “the idea of going to the Plaza de Mayo at a time when demonstrations were forbidden frightened many women. Their lives as

wives and mothers had not prepared them to break the law and demonstrate right in front of the well-guarded Casa Rosada, where no demonstration had taken place since the military coup” (250). Por una parte, estas mujeres se mantienen fieles a su rol materno al ser protectoras no sólo de sus hijos, sino también de los derechos que se esfuman de un día a otro bajo los regímenes militares. Por otra parte, la manifestación en el centro, tanto literal como figurativo, de la ciudad frente a los edificios gubernamentales representa el derrumbe de los límites que deslindan tal rol en la esfera doméstica al margen de la sociedad. Irene, también una madre, por fin logra expresar el dolor que había guardado por su hijo desaparecido por medio de una lucha colectiva. La solidaridad que se forja entre las madres que se reúnen en la Plaza de Mayo le permite a Irene enfrentarse a sus represores, que la habían denigrado en la cárcel al momento del detencimiento de las dos mujeres. Así pues, la ira que siente ante el militar que la degrada ante el grupo de sus pares en la cárcel encuentra una vía de escape e Irene se reivindica, reclamando una posición de autoridad ante la represión.

Entre este espacio discursivo que Traba establece en *Conversación al sur* aparecen varios momentos de “silencio”, es decir, momentos en que no hay intercambio de ideas entre las dos mujeres, sino el ensimismamiento de los pensamientos de las protagonistas. Estas partes de la experiencia que no se vocalizan dentro del contexto del diálogo establecen otro espacio discursivo al que sólo tiene acceso el lector. Más que un signo de derrota, la presencia de estos silencios implican una resistencia al discurso oficial. Como explica Idelber Avelar en “Five Thesis on Torture”, “there can be no elaboration and overcoming of the trauma without the articulation of a narrative in which the traumatic experience is inserted in a signifying way, inserted as signification. But this very insertion can only be perceived by the subject as a real betrayal of the singularity and intractability of the experience [...]” (261). O sea que narrar la

experiencia dolorosa significa reconstruir la experiencia bajo los términos de una lógica que pueda entender el lector. La índole del dolor, no obstante, lo rinde incapaz de expresarse en un nivel universal. El silencio, entonces, existe en los momentos más dolorosos para resistir la reducción de la experiencia mediante su articulación. El silencio de Irene ante sus intentos de comprender cómo fue posible que pasaran tales transgresiones de una magnitud tan amplia representa más que la inhabilidad de articularlo, la negación de la comprensión. Irene le confiesa a Dolores: “Lo que yo sigo tratando desesperadamente de averiguar es en qué momento un pueblo consagrado a la sociedad protectora de animales considera perfectamente bien, ni siquiera inevitable que un tipo... Iba a decir ‘le meta un palo por la vagina a una muchachita hasta que le rompa todos los órganos’ porque esa historia real la torturaba, pero se calló y se agarró la cabeza” (167). De este modo, Irene simultáneamente vocaliza la violencia y resiste la reducción de la experiencia de dicha violencia mediante su reconstrucción lingüística.

En su artículo “The Silent Zone: Marta Traba”, Geoffrey Elia Kantaris reconoce una relación entre los poderes represivos y las huellas que dejan en el cuerpo. Él explica:

As the scars of torture are engraved on the victims' bodies and imprinted in the psyche, so the mechanisms of oppression are scored across the signifying systems through which the characters strive to organize their thoughts and reconstitute their identities. Yet what is left on the surface is only a trace of this buried violence, for both body and psyche must cover over the wounds so that they will not reopen. (90)

El concepto de las huellas que deja la opresión en el cuerpo y la mente de sus víctimas se ejemplifica en las dos protagonistas. Irene, aunque corpóreamente no le queden huellas, muestra señas del daño que le han hecho al psique. Ella admite abiertamente que en el momento de su

detenimiento no le sometieron a golpes ni a torturas, sino que le humillaron por la falta de reconocimiento como un ser humano. El factor clave en el funcionamiento de esta clase de violencia psíquica a la cual le someten a Irene durante su detenimiento depende de la identidad social que se construye del cuerpo femenino. Es decir que la hegemonía femenina de madre, virgen o puta establece ciertas expectativas de la mujer. Irene, como mujer mayor (o por lo menos mayor que los jóvenes que la acompañan en la cárcel) debe encarnar, según esta hegemonía, las características ideales de la figura materna. Irene desafía esta visión de la mujer materna de varios modos: participa en actos de rebelión y, más visiblemente, se viste con falda corta en vez de ropa más conservadora. Dado que Irene no cabe dentro del modelo femenino tradicionalmente aceptado, el que indica que el cuerpo femenino es un espacio prohibido. Al hacer referencia a su falda corta los soldados la ultrajan del único modo que pueden, ya que su ideología no queda a la vista. Al llamar la atención al cuerpo expuesto de Irene, los militares sobresalen su vulnerabilidad y establecen en ella el sentido de inferioridad social. Irene no solamente no existe ante los militares, sino que también siente el desprecio ante los otros presos, sus pares sociales. Al darse cuenta de su insignificancia ante las autoridades militares, Irene experimenta una inversión de su entendimiento. Ella explica: “me di cuenta en ese momento que estaba equivocada de medio a medio. Algo había cambiado de manera radical y comenzaba a percibirlo. Fuera quien fuera, yo no existía para ellos. Mejor dicho; ellos decretaban quién podía existir y quién no” (48). Parte de esta “existencia” significa la agencia de transmitir una historia y afirmar su validez. Ella ya no siente el derecho de comunicar su dolor, especialmente ante los signos visibles de la violencia que carga Dolores. Incapaz de relatar su historia a Dolores, ya que, para Irene no existen como iguales ante la violencia compartida, Irene se rinde incapaz de seguir con su relato. Dice ella: “me callo, por más que Dolores me estimula a que siga. No podría

contarle que dijo eso, ni podría decirle que durante años me persiguió esa frase cruel y me volví a sentir igualmente anonadada con la cara encendida de la vergüenza” (52).

Dolores, que ha sufrido no solamente la degradación de su personaje, sino también de su cuerpo, busca la articulación de su dolor mediante la poesía. Articular en abstracto sus experiencias le permite alejarse de la lógica ya establecida y las palabras cargadas de emoción a través de las cuales estas experiencias se ponen de manifiesto. Así pues ella también rompe las barreras que le imponen, los límites que experimenta bajo el sistema patriarcal. Ella cuestiona su forma de entender las infracciones tanto como su forma de verlas. En cambio, Dolores reconoce la inmensidad de la situación y logra aceptar ese aspecto de lo vivido. Ella aprende a situar sus pensamientos y, entonces, su escritura dentro de este abismo para empezar a dejar de sentirse agobiada por ello. Dolores dice:

Nada de expiación cristiana, ojo, pero sí el espacio que se ha dado, por las buenas o por las malas y que puede ser realmente inmenso. Si se sabe habitarlo. Si se puede ser realmente inmenso. Si se sabe habitarlo. Si se clarifica. ¿No tenía que situar ahí sus poemas? Se asombró de hacerse esta pregunta y de comprender que ella y sus cosas, que los papeles que escribía metódicamente que la vida perra que cargaba a cuestas, estaban situados en algún lado (96).

Así se despoja de las reservas que las normas sociales rigen sobre ella y forja un nuevo espacio para su discurso.

Conversación al sur destaca una situación vivida de modos distintos por las dos protagonistas y que resulta incomprensible para todos sin importar la cercanía a ésta. Al plantear este texto en medio de tal ambiente, Traba propone presentar el caos de una manera que no lo

reduce a una serie de eventos de causa y efecto, sino que verdaderamente encaja lo insondable de la situación sin alienar al lector.

Sitúo en seguida el trabajo del escritor entre los fragmentos de un mundo que se da a su alrededor sin ninguna unidad ni coherencia; y reconozco su capacidad para pensar un sistema o una solución artificial capaz de organizar el caos, o expresarlo como caos, depende de cuál sea su actitud, pero en todo caso, sometiéndolo a una verdadera operación transformadora, lo que indica un enfriamiento y una distancia respecto a los materiales de que dispone” (“Hipótesis” 22).

Dicho de otra manera, la articulación de las narrativas sobre la violencia transforma la experiencia verdadera en un juego finita de palabras. Estas narrativas llevan la carga de lo vivido, así quitándole el poder del discurso oficial que ahoga dicha transmisión.

El Dock

A diferencia de *Conversación al sur* y, de hecho, las demás obras estudiadas en este texto, la trama de *El Dock* se lleva a cabo años después del fin de las dictaduras militares. Esta novela comienza describiendo el ataque del Dock, un cuartel militar por las afueras de Buenos Aires, por parte de un grupo de militantes izquierdistas. El ataque que se retrata en la novela se basa en un episodio real: el ataque de un cuartel militar situado en La Tablada el 23 de enero de 1989. Este ataque por el Movimiento Todos por La Patria se organizó como respuesta a la amenaza de un levantamiento militar, cinco años después de la dictadura. Este episodio es el punto de partida de las historias entrecruzadas de varios personajes para representar la reconstrucción del sistema y la resistencia de su pasado violento. En la base de dicha

reconstrucción está el reconocimiento de los cambios que se han efectuado y la posibilidad de reformar los errores en el presente para seguir adelante sin la carga del pasado.

En la época posterior a las dictaduras, un tiempo que pretende no sólo recuperar la paz que se aniquiló durante la Guerra Sucia, sino también reconstruir o redefinir el sistema actual, el resurgimiento de un grupo guerrillero izquierdista cambia la manera en que se ve el presente. La constante revisión del presente resulta necesaria para no volver al estado anterior. Con esta reformulación del sistema política, también surgen cambios en los roles que juegan los miembros de la sociedad. Estableciendo el ataque del Regimiento en la Tablada como punto de partida, *El Dock* reflexiona sobre la reconstrucción de las identidades sociales. El momento de conflicto entre los dos elementos del pasado ante la mirada pública atrae la atención tanto a las condiciones que causaron el conflicto como a las medidas necesarias para alejarse de tales causas en el futuro.

El Dock se enfoca principalmente en la identidad materna como la base de las demás relaciones familiares. La reconstrucción de la figura materna se ve reflejada en la fragmentación de la voz narrativa. El nombre Poli, por ejemplo, se repite como el “nombre de guerra” de la guerrillera, la narradora, el nombre de una tía de ésta e incluso del perro que tenía su tía cuando era niña. Al asignarles el mismo nombre a todas las protagonistas femeninas, se fragmenta la voz para permitir que la mujer asuma varios papeles dentro de la nueva estructura social. Según las normas sociales, tal desdoblamiento no se permite sin que un rol se considere superior a otro, según la jerarquía ya establecida. En esta novela, Poli “la madre” no se define solamente según los términos biológicos, ni tampoco se limita a un rol definido por ser proveedora para un hijo. Los parámetros de este papel se han ampliado para encajar una definición más diversa de la figura materna. Al desafiar los roles femeninos establecidos bajo el sistema patriarcal, esta

novela desacredita dicha jerarquía para que todos estos papeles logren el reconocimiento y validez en la sociedad.

La madre que genera *El Dock* defiende a una generación entera y preserva sus derechos y su historia. En conformidad con la jerarquía de los roles para la mujer, la decisión que tomó Poli, la guerrillera, fue irresponsable porque, al parecer, ella no cumple con su deber “superior” de madre. Lo que demuestra la novela claramente con este juego del nombre Poli es que tal acto de rebelión contra el estado no muestra la negligencia de un rol, sino las múltiples facetas de una subjetividad. La madre en esta narrativa no solamente se preocupa por cuidar de la próxima generación en la esfera doméstica, sino también en la esfera histórico-política. Poli la guerrillera toma la decisión de participar en el ataque al Regimiento en vez de permitir un nuevo levantamiento militar y, asimismo el retroceso de una época de vejación bajo el control de otra dictadura. Lo que no se deja entender bajo la definición social de una madre es que tal decisión tenía tanto que ver con el futuro de su hijo como con el fin de su propia existencia. Poli, la que se hace madre después del atentado / suicidio, se hace madre contando e interpretando la historia de su amiga, Poli la guerrillera. Al narrar la historia de Poli, ella crea la posibilidad de más de una interpretación de su pasado y, a la vez, forja la continuación de un futuro para ella y, asimismo, para su figura social, incluso después de la muerte, al cuidar de su hijo. En este sentido, la fragmentación de la voz narrativa no desacredita la historia de las protagonistas, sino que provee una versión más completa de la historia. Al reconstruir el pasado de una forma colectiva, los personajes cuestionan la manera en que se han visto los cambios bajo el nuevo sistema democrático.

La reconstrucción del sistema social post-dictadura se ve reflejada en *El Dock* mediante la ausencia y eliminación de la figura paterna. Esta ausencia cuestiona los valores del sistema

patriarcal y abre camino para alternativas a los papeles sociales dictados por este sistema. La primera etapa en este proceso de deconstrucción de la estructura familiar se ejemplifica en la relación entre Poli la guerrillera y su propio padre. La otra Poli, la que cuida de Leonardo después del atentado, le cuenta al chico sobre su abuelo, Behen, en términos del recuerdo. Poli afirma que el abuelo “era una especie de patriarca, lo que se dice un personaje. Un hombre muy gracioso y encantador, con un sentido de humor extraordinario, pero a la vez un padre temible” que “suponía que Poli le había regalado ese varón [Leonardo], o por lo menos que lo había tenido para provocarle ira y desafiar su autoridad” (62). Al presentar al abuelo como representante del patriarcado en el pasado, la narradora indica el comienzo de su destrucción por parte de la madre. Con el nacimiento del hijo, Poli la guerrillera deja atrás el viejo sistema para liberar la nueva generación de su control. Este concepto se concretiza en el presente, eso es, el que construye la narradora después de su ocurrencia, con la ausencia del padre en la vida de Leonardo.

Una vez que se desvanece el viejo sistema, como en el caso de la dictadura, hay que empezar de cero para construir un sistema que fortalezca los nuevos ideales. En el caso de Poli la narradora, esto ocurre con la construcción del nuevo modelo familiar. Al comienzo, ella revierte al único sistema que conoce, el patriarcado. Para estabilizar la vida de Leonardo, Poli le da lo que ella cree que necesita, el modelo familiar tradicional. No reconoce, sin embargo, que la madre de Leonardo le había alejado de este modelo, así que falla en sus esfuerzos de recuperar la consistencia al aplicar forzosamente un sistema dentro del cual la nueva generación no cabe. Leonardo rechaza a Kim, la figura patriarcal, el elemento simbólico de lo extranjero. A cambio, Leonardo desafía los intentos de Poli de instalarle a Kim cuando lo desafía, negándose a formar

una relación amigable con él. Como Kim es, para los dos, extranjero, esta instauración de una familia tradicional fracasa.

Después de la erradicación del sistema antiguo, Poli tiene que asumir un rol con la fortaleza de apoyar el sistema. Bajo el sistema patriarcal, hacerse madre impone límites a la mujer que la mantienen dentro del ámbito doméstico, sumisa al patriarca. Poli, anterior a la muerte de Poli la guerrillera, había decidido alejarse de tal ámbito, volviendo a visitarlo sólo por parodia con Kim, remedando la vida doméstica retratada en los antiguos programas de televisión y cambiando los roles cada segunda vez. Entonces, cuando se encarga del bienestar de Leonardo, hijo de su amiga, Poli tiene que aceptar el papel materno que antes había rechazado. Naturalmente, Poli se refiere a su conocimiento previo para intentar fundar un pasado con Leonardo. Le cuenta historias de su pasado y de su relación con su madre para poder familiarizarse con Leo. Luego, en un intento para encariñarse con el chico le aplica el diminutivo, como su propia tía de la “rama paterna” le hizo a ella (28). Simbólicamente, todo lo aprendido del viejo sistema patriarcal fracasa cuando Poli intenta aplicárselo a Leonardo. Cuando por fin se da cuenta de que estos esfuerzos resultan infructuosos, Poli se adapta al presente. Ella realiza un gran avance con respecto a su relación con Leo cuando se sitúa en el presente en vez de insistir en llevarlo al pasado. Después de iniciar una tras otra conversación sin lograr interesar al chico, Poli llama su atención por medio de una noticia en el periódico. Ella le cuenta la historia de un galeón de tesoro hundido hace siglos que se llama *El Preciado*. Le explica a Leo que “dado que innumerables expediciones de rastreo resultaron infructuosas, lo llamaban ‘el galeón fantasma’” (81). Con esta noticia, ella forja una conexión entre el pasado supuestamente “invalorable” y la inutilidad de seguir buscando este pasado en la época actual. Leo afirma esta asociación al anunciar que “todas las mediciones efectuadas por el Hubble están

equivocadas. [...] Quizá todas las dimensiones e imágenes que tenemos hoy del universo estén distorsionadas por este problema” (81-2). Este momento define claramente el problema que habían tenido los dos al hacer tanto hincapié en el pasado que nunca habían compartido. Ellos forman, entonces, un punto de encuentro en el presente para poder reconfigurar un futuro en común.

Mientras Poli se acomoda en su nuevo rol de madre, Leo también se somete a una transformación. Poco a poco, deja de negar a su pasado y llega a aceptar la decisión de su madre en el atentado. Comienza a preguntar por sus orígenes con su madre y a reconocer la importancia de recordar el pasado completo, aunque sea doloroso, para poder abrir camino a un futuro libre de los errores del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- Armstrong, Aurelia. "Foucault and Feminism". Internet Encyclopedia of Philosophy. 24 feb. 2008 <<http://www.iep.utm.edu/f/foucfem.htm>>.
- Avelar, Idelber. "Five Thesis on Torture". Journal of Latin American Cultural Studies. 10.3 (2001): 255-271.
- Breckenridge, Janis. "Sleeping with the Enemy: Kissing and Telling in Liliana Heker's *El fin de la historia*". Femenistas Unidas. 22.2 (2002): 31-36
- Butler, Judith. "Contingent Foundations: Feminism and the Question of 'Postmodernism'." (In Spanish) In *Feminismo/Postmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria, 1992.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2006.
- Costa, Silvina. Entrevista. Martín Kohan: Dos veces junio. <<http://www.segundapoesia.com.ar/entrevistas/kohan.html>>
- De Lauretis, Teresa. "The violence of rhetoric". *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Indiana University Press: Indianápolis, 1987: 31-50.
- Foucault, Michel. "Body/Power." *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings*. Ed. Colin Gordon. New York: Pantheon Books, 1980: 55-62.
- "A Preface to Transgression". *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1977: 29-52.
- "Truth and Power." *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings*. Ed. Colin Gordon. New York: Pantheon Books, 1980: 109-133.
- Franco, Jean. "Gender, Death, and Resistance. Facing the Ethical Vacuum". *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*. Eds. Juan E. Corradi, Patricia Weiss Fagen and Manuel A Garretón Merino. Berkeley: University of California, 1992. 104-118.
- Heker, Liliana. El fin de la historia. Buenos Aires: Suma de Letras, 2004.
- Kantaris, Elia Geoffrey. "The Silent Zone: Marta Traba." The Modern Language Review 87.1 (Jan. 1992): 86-101.

- Kohan, Martín. Dos veces junio. Buenos Aires: Debolsillo, 2005.
- Longoni, Ana. "Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión". *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*. Ed. Elizabeth Jelin et. al. Madrid: Siglo veintiuno editores, 2005. 203-240.
- Medeiros-Lichem, María Teresa. Reading the Feminine: Voice in Latin American Women's Fiction: From Teresa de la Parra to Elena Poniatowska and Luisa Valenzuela New York, NY: Peter Lang, 2002.
- Navarro, Marysa. "The Personal Is Political: Las Madres de Plaza de Mayo". *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*. Ed. Susan Eckstein. Los Angeles: University of California Press, 1989. 219-223.
- Scarry, Elaine. *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. New York: Oxford University Press, 1985.
- Schlauf, Stacey. "Conversación al sur: Dialogue as History." Modern Language Studies 22.3 (Summer 1992): 98-108.
- Stein, Rachel. "La palabra asesino: Liberación del lenguaje semiótico." El Cid (2003).
- Tal, Kalí. Worlds of Hurt: Reading the Literatures of Trauma. NY: Cambridge University Press, 1996, 1-22.
- Tomlinson, Emily. "Rewriting Fictions of Power: The Texts of Luisa Valenzuela and Marta Traba." Modern Language Review 93.3 (July 1998): 695-709.
- Traba, Marta. Conversación al sur. México, D. F.: Siglo veintiuno editores, 1981.
- Traba, Marta. "Hipótesis sobre una escritura diferente". La sartén por el mango. Río Piedras, PR.: Ediciones huracán, 1985.
- Valenzuela, Luisa. Cambio de armas. Montpelier, VT: Capitol City Press, 1982.